

REVISTA EUROPEA

TOMO OCTAVO

SEGUNDO SEMESTRE DE 1876



MADRID
EDUARDO DE MEDINA, EDITOR

CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6.

Imprenta Central á cargo de Victor Saiz.

REVISTA

EUROPEA

TOMO OCTAVO

SEGUNDO SEMESTRE DE 1876

MINISTERIO DE CULTURA



MADRID

EDUARDO DE MEDINA, EDITOR

CALLE DE LA CORREATA, NUM. 8.

Impreso en el taller de don Juan de Dios...

ÍNDICE DEL TOMO OCTAVO.

- Alarcon.**—Al Sr. D. José Navarrete.—479.
- Alas.**—Castelar; Recuerdos de Italia.—594.
- Álvarez Perez.**—Un paseo por Marruecos.—27, 48, 121, 168, 210, 244, 282 y 308.
- Aramburu.**—;Una hora!—731.
— El problema resuelto.—858.
- Arnao.**—Tres genios de la música:—I. Haydn.—II. Mozart.—III. Beethoven.—339.
— Elogio de D. Juan Nicasio Gallego.—779 y 837.
- Arnold.**—Un paralelo psicológico.—673, 705 y 748.
- Azcárate.**—La filosofía española.—592.
— El derecho y la religion.—769.
- Ball.**—El automatismo intelectual y la locura.—374.
- Barrera.**—La muerte de Anibal, tragedia de don Víctor Balaguer.—584.
- Blerzy.**—El primer ferro-carril en China.—403.
- Bontemps.**—Los nuevos inventos: La música telegráfica.—El teléfono.—El melógrafo.—188.
- Bourgeat.**—La Grafología, arte de conocer á las personas por la forma de la letra.—28.
- Broca.**—Necesidad del estudio de la craneología española.—319.
- Calavia.**—El Escorial; Recuerdos históricos.—709.
- Canalejas.**—De la poesía heróico-popular castellana.—330 y 362.
— Del estado actual de la poesía lírica en España.—801.
- Caro.**—Problemas de moral social.—609.
- Cazelles.**—Origen y desarrollo de la conciencia moral.—621.
- Cerrajería.**—Blanca, balada.—159.
- Chaulnes.**—La música en China.—777.
- Ciudad.**—Exposicion de aparatos científicos en Londres.—181.
— Crónica médica: Un caso extraño.—Un silbato en un bronquio.—Nuevo tratamiento reconstituyente.—447.
- Certambert.**—La cuestion de Oriente bajo el punto de vista de la etnografía.—129.
- Cortázar.**—Critica literaria: Salivilla, por A. Ruy Gomez.—49.
- Cotarelo.**—Episodios de la guerra civil.—588.
- Crónicas de la Exposicion de Filadelfia.**—30 y 544.
- C.**—La minuta de un testamento de W.—532 y 563.
- Darder.**—La hidrofobia.—17.
- Eyma.**—Una mujer del Nuevo-Mundo.—58 y 91.
- E.**—Pasillo bibliográfico.—655.
- E. M.**—Un libro importante.—Las Geórgicas de Virgilio.—832.
- E. S.**—Importantes descubrimientos en África.—El viaje de Enrique Stanley.—254.
- Fastenrath.**—La universidad de Bonn.—La epopeya de los Nibelungos.—El Rhin.—662.
— Consideraciones acerca de la famosa batalla de Sempach.—842.
- Fernandez (Manuel María).**—La catedral de Leon y el arquitecto D. Matias Laviña.—1.
- Ferrari.**—Cervantes.—446.
- Ferri.**—El proceso de Galileo segun documentos inéditos.—507.
- Figuier.**—La telegrafía eléctrica sin hilos conductores.—140.
— La luz y la electricidad.—187.
— Nuevos experimentos sobre el calor solar.—224.
— El frio noturno.—286.
— El sistema telegráfico para incendios.—315.
— La accion del frio sobre la leche y sus productos.—414.
— El poder luminoso de las llamas.—480.
— La fotografia celeste.—El fotógrafo reemplazando al observador.—540.
— El diamante aplicado á las operaciones de la industria mecánica.—667.
- Fontaine.**—Las balsas instantáneas.—94.
- Fonvielle.**—El cri-cri de los insectos y el cri-cri mecánico.—539.
- Fuchs.**—Teoría de los volcanes.—428.
- Gomez Arteché.**—El marqués de Torrecuso.—321, 353 y 385.
— Un proyecto estupendo.—449 y 500.
— El alcalde de Otivar.—678, 715 y 742.
- Góngora.**—Las obras del Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Alarcon.—153.
- Grad.**—Las universidades alemanas.—538.
- Gutierrez.**—Influencia del principio democrático sobre el derecho privado.—466 y 491.
- Haeckel.**—Los adversarios del transformismo.—737.
- Helmholtz.**—Relaciones de la ciencia de la naturaleza con la ciencia toda.—177 y 193.
— La óptica y la pintura.—513 y 545.
- Huelbes.**—Los estudios filosóficos y religiosos de D. Francisco Giner.—379.
- Huxley.**—La zona fronteriza entre el reino animal y el reino vegetal.—417.
- Jorge Ticknor.**—(*Quarterly Review.*)—821 y 852.
- Labra.**—Portugal despues de 1852.—40, 99 y 225.
- Laverde.**—El prólogo de un libro.—553.
— La ciencia española.—721.
- Laviña.**—La catedral de Leon:
— Su origen é instalacion.—5.
— La restauracion actual.—33 y 80.
- Leger.**—Los progresos de la lingüística en Francia.—46.
- Leon.**—Crónicas de la Exposicion de Filadelfia.—95, 128, 189, 255 y 287.
— La máquina de imprimir.—228.
— La sociedad de autopsia mutua.—766.
- Leroy-Beaulieu.**—La guerra de Oriente y la intervencion europea.—257.
- Lopez Oliva.**—Los materiales de la sangre.—22.
- La moral sin metafísica.** (*Edimburg Review.*)—609 y 641.
- Los nuevos inventos:** Pluma eléctrica de Edison.—Aplicacion de la luz eléctrica á la navegacion.—Imitaciones y falsificaciones.—127.
— El dinamógrafo.—La salamandra.—Nuevo combustible sin humo.—Bujías higiénicas purificadoras.—285.
- Llanos.**—La exposicion de Filadelfia.—382.
- Macaulay.**—La guerra de sucesion en tiempo de Felipe V.—231, 272 y 301.

Main.—Caracteres contradictorios de la teoría automática de la actividad humana.—242.
Mamiani.—Filosofía de la religión.—788.
Marcel.—Los cartones de semillas de gusanos de seda del Japon.—312.
Margollé.—Las alturas barométricas en el Océano Atlántico.—448.
Max Müller.—La instrucción pública como deber nacional.—161.
Menendez Pelayo.—De re bibliográfica.—65.
 — M. Masson redivivo.—132.
 — Monografías expositivo-criticas.—262.
 — La filosofía española.—294.
 — M. Masson redimuido.—392.
 — Los heterodoxos españoles.—459, 485 y 522.
Milá Fontanals.—Al Sr. D. F. P. Canalejas.—511.
M.—Higiene social: Construcción de casas para obreros.—73 y 104.
Olmedilla.—Eduardo Jenner.—57.
 — Cavanilles.—119.
 — Linneo.—143.
 — Lavoisier.—163.
 — Newton.—207.
 — Scheele.—239.
 — Carbonell.—279.
 — Cuvier.—347.
 — Davy.—404.
 — Berzelius.—422.
 — Humboldt.—529.
 — Gay-Lussac.—561.
 — Orfila.—625.
 — El cementerio de San Nicolás de Madrid.—858.
Oustalet.—Crónica de Historia natural: El Wapiti.—6.
Palacio (Armando).—Apuntes críticos.—601.
 — El discurso del Sr. Moreno Nieto sobre los sistemas filosóficos modernos.—633.
Parejo.—Al trabajo.—480.
Perez Cortina.—El hombre considerado químicamente.—412.
Pouschkine.—La nevada, novela rusa.—726.
Raymond.—Los primeros pintores griegos.—442.
Revilla.—La cátedra de prehistoria en el Ateneo.—255.
Reyer.—Feliciano David.—443.
Riaño.—La exposición de aparatos científicos en Londres.—351.
Saavedra.—El radiómetro.—131.
Sanchez Perez.—Como empieza y como acaba, drama de Echegaray.—753.
 — Controversia literaria.—826.
Schaff.—El antagonismo de los credos cristianos.—577.
Sierert.—La expedición inglesa al polo Norte.—668.
Sobron.—Los idiomas de la América latina.—572, 603, 635, 695, 794, 815 y 845.
Sologuren.—El anillo de los Niebelungen.—251.
 — Crónica artística: Los pensionados españoles en Roma y sus trabajos.—Guzmán el Bueno.—La ópera española.—Protección a la música.—763.
Stanley-Jevons.—La moneda internacional.—201.
Taine.—Los elementos y la formación de la idea del yo.—97.
Tenaud.—Crónica geográfica: Viaje al Africa ecuatorial.—20.

Torres-Solanot.—La religión laica.—649 y 691.
Tubino.—Las diferencias etnológicas que se observan en la población de la Península Ibérica.—318.
Van den Berg.—El cardenal Antonelli.—724.
Verne (Julio).—Un drama de la Independencia de Méjico.—340 y 407.
Vernes (Mauricio).—Una nueva forma del cristianismo.—810 y 833.
Vidart.—El comandante Villamartin y sus escritos militares.—595, 616, 757 y 784.
 — Estudios sobre la historia militar de España.—670.
Vigil.—Sor Juana Inés de la Cruz.—433.
Vilanova.—La cátedra de prehistoria en el Ateneo y su censor Revilla.—219.
 — Geología agrícola.—669, 732, 827 y 860.
Vincens.—Las leyes del desenvolvimiento religioso, según M. C. P. Tiele.—289.
Vivien.—La gimnasia científica.—632.
Wuillez.—El spiróforo.—381.
X.—La trilogía de Wagner.—316 y 349.
Isambert.—Las combinaciones y las descomposiciones químicas.—481.
Z.—Ilustraciones a la disputa entre un burgalés y un vizcaino.—9.
 — El encubierto de Valencia.—86.
 — Lope de Aguirre.—D. Felipe Manrique.—112.
 — El buho gallego.—146.
 — Judíos americanos.—Brujerías vascongadas.—183.
Miscelánea:
 La policía mecánica.—32.
 El mapa topográfico de España.—191.
 Distribución geográfica de los ruiseñores.—191.
 Los libros puestos en el Índice.—191.
 La vida sin luz.—192.
 Una pesquería de ballenas en Noruega.—192.
 Viaje alrededor del mundo.—255.
 La exposición de artes industriales en París.—256.
 Origen de la polka.—320.
 Fenómeno meteorológico.—352.
 El valor de los metales.—384.
 Lavaderos al vapor.—416.
 El aceite de madera.—480.
 El instinto de un mono.—509.
 Un árbol maravilloso en el Brasil.—510.
 Influencia de la primogenitura sobre la sexualidad.—511.
 Los Popoffkas, nuevos buques rusos.—512.
 La respiración por la nariz.—512.
 La última jornada de Cameron.—542.
 El papel de madera.—543.
 La mortalidad en las grandes ciudades.—543.
 Cómo se propaga la marea.—672.
 Noticias.—96, 192.
 Necrología.—416.
 Telégrafo trans-africano.—864.
Boletín de las Asociaciones Científicas:
 Congreso de Clermont-Ferrand.—318.
 Dr. Azam: La doble vida.—414.
 M. Dubest: La mortalidad de los niños.—415.
 Ateneo de Madrid.—669, 701, 798, 827 y 860.
 Estado actual de la poesía lírica en España.—671, 703, 735, 798 y 830.
 La Constitución política de Inglaterra.—702, 733, 767, 800, 829 y 862.



REVISTA EUROPEA.

Núm. 123

2 DE JULIO DE 1876.

AÑO III.

LA CATEDRAL DE LEON.

EL ARQUITECTO DON MATÍAS LAVIÑA.

El más humilde de los escritores españoles va á elevarse al cumplimiento de una mision nobilísima. La obra de un hombre extraordinario por su talento, por su laboriosidad, por su experiencia y por sus virtudes; el sazonado fruto de toda una larga vida á la ciencia y al arte consagrada; el de años enteros de meditacion y estudio, concretados al despejo de una sola incógnita, que era al par la delicia y la preocupacion constante de su alma; la luminosa Memoria escrita por el insigne arquitecto y académico D. Matías Laviña sobre el origen, vicisitudes y obras de la catedral de Leon, de cuya restauracion fué encargado por el Gobierno en 1859, llevaba años de inédita; y el que estas líneas escribe, entusiasta del ajeno mérito, inicia hoy publicarla para deleite y bien de nuestra patria y honor de las artes monumentales.

Data este trabajo del 24 de Mayo de 1867. En el acta de la sesion celebrada el 9 de Julio de 1868 por la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, consta que el Sr. Hartzenbusch y el secretario don Eugenio de la Cámara, presentaron su informe sobre la Memoria haciendo merecidos elogios de la inteligencia y laboriosidad del Sr. Laviña, recomendando mucho su importancia por la multitud de datos curiosísimos é interesantes que contenía, como por la descripcion razonada del plan de restauracion, y acordándose, en fin, excitar á la Academia á que la imprimiese. Posteriormente, al responder la Academia el 15 de Julio del mismo año al encargo que le hiciera el director general de Instruccion pública de informar sobre la marcha y curso de las obras de la admirable Basílica, comunicó, entre otras cosas, lo siguiente:

«La respuesta más completa que puede este cuerpo artístico dar á la consulta de V. S., es remitirle original la Memoria escrita en el último año de su vida por el difunto Sr. Laviña. Ella encierra, en efecto, todo cuanto puede apetecerse saber sobre el asunto: datos curiosísimos sobre su fundacion, su instalacion sobre las termas proconsulares, su nueva edificacion por Alfonso IX, sus vicisitudes originadas por los vicios de su construccion, y la historia de las operaciones de su restauracion, co-

menzada en 1859... Este cuerpo artístico apenas tiene nada que añadir, como no sea para hacer merecidos elogios del concienzudo trabajo del Sr. Laviña, digno por su importancia y esmerado desempeño de ver la luz pública para honra del país y de su autor.»

La comunicacion termina con la formal propuesta al expresado centro directivo de que la Memoria se imprimiese y publicase desde luégo bajo los auspicios del Gobierno; pero es de creer que desde el 15 de Julio de 1868, en que la Deuda pública ha aumentado en miles de millones, ha carecido el Erario de fondos para tan corto empeño, dando así triste, aunque feliz ocasion, de que al cabo de ocho años supla esa falta la iniciativa privada.

Tratábase, además, de un templo cristiano, gloria y orgullo de España por su majestad y magnificencia, joya preciosa de la Edad Media é incomparable modelo de cuantos de su carácter han sobrevivido á la destructora accion de los tiempos; y ese doble aspecto de monumento elevado á la piedad y de obra de arte maravillosa, unido á la circunstancia de continuar hoy dia las públicas cuestaciones para acabar los trabajos y evitar la ruina de la Basílica episcopal de Leon, han movido al que escribe á dar á conocer Memoria en que tan autorizadamente se exponen el origen y vicisitudes del templo, en que con tan justa despreocupacion se marcan sus perfecciones con sus vicios de fábrica, y en que con tanta exactitud se detallan los trabajos correspondientes á la restauracion comenzada en 1859.

«La dificultad de esta obra colosal, decía la *Revista de Bellas Artes* en un breve artículo necrológico de D. Matías Laviña, y el plan acertado con que la siguió; la inteligencia y esmero constante de vigilar en la elaboracion de todas las partes complicadas de la decoracion ojival, además de ser admirada por propios y extraños, obtuvo la completa aprobacion de los dignos individuos de la Academia que por órden superior fueron á inspeccionarla. La catedral de Leon, añade con referencia al mismo Laviña, era su ídolo y lo que le preocupaba soñando y despierto hasta los últimos dias de su existencia.»

Hé aquí por qué aparece con doble autoridad é interes el trabajo que hoy se da al público, el cual, por otra parte, quizá fuese incompleto á no precederle algunos datos biográficos del modesto y sabio autor de la Memoria, datos que, léjos de responder á un halago supérfluo de la vanidad humana, ense-

ñarían al ménos á toda nuestra generacion cómo se emplean al servicio del país y del arte setenta años de honrada y laboriosa vida; que la mejor, y, por decirlo así, la única biografía posible del hombre de que se trata, es aquella que guardan los archivos nacionales, no redactada con signos, sino con méritos, y que en lenguaje comun se llama su *hoja de servicios*.

Nació Laviña en Zaragoza el 24 de Febrero de 1796, de D. Félix, que era carpintero é hijo de aquella ciudad, y de doña María Blasco, de Daroca. Recibió la primera educacion en los Escolapios, y en la Academia de Nobles Artes de San Luis las primeras nociones de dibujo, que tuvo que abandonar en breve para estudiar latin y humanidades. ¡Cuánta era su complacencia á los tres años de edad en formar con tablas castillos y edificios; cuánta su admiracion y sorpresa al asistir á la apertura del Teatro en 1799 y á sucesivas representaciones que le movían á imitar en casa la maquinaria y el aparato escénico; cómo en 1808, cuando el pueblo heróico de Zaragoza acudía á las obras de las murallas, «acarreando los materiales los señores de peluca y aún las señoras con su delantal de cocina,» segun la misma expresion del ocular testigo de que se habla, le agradaba tomar la paleta de algun albañil conocido que trabajaba en la fortificacion, llamando la atencion de todos la habilidad de aquel muchacho de doce años! Todos estos rasgos de predestinacion han quedado consignados en apuntes de puño y letra del memorable arquitecto.

El cuidado de sus padres, enfermos durante el sitio de la ciudad, el cultivo del dibujo, de la música y aún del baile, la indecision respecto de su carrera, tuviéronle algunos años desorientado de su providencial destino, en los cuales ya se adiestraba en la guitarra, ya se consagraba á la ebanistería, á la fabricacion de objetos de papel ó de carton, al paisaje en cabello, á la geometría, hasta al canto, por complacer á su padre.

Su idoneidad para el canto le proporcionaba unir fácilmente la voz de pecho á la de garganta y cabeza, de suerte que hacía una escala desde el *do grave* al *si sobreagudo*; y el celebrado maestro Cuéllar, que escribió un cuarteto para su voz, le daba ocasiones de lucirla en todas las misas, novenas y funciones de iglesia. Aquel concepto de *musicante* dió motivo á que al resolver su padre enviarlo á Roma, atento siempre á dar á su hijo la mejor educacion posible, dudaban todos, y el educando mismo, cuál sería su eleccion, si la música ó la pintura.

Decidió su mal encubierta vocacion el admirable espectáculo de los monumentos y edificios grandiosos de la capital del orbe cristiano, adonde llegó á principios de 1817, así como las primeras lecciones

de perspectiva que recibiera en vista de que su mala pronunciacion italiana y su escuela de capilla eran auspicios contrarios para su estilo de canto; por lo que ingresó como alumno en la Pontificia Academia de San Lúcas, donde cursó sucesivamente el dibujo, la anatomía, en que no hizo grandes progresos por tedio á la tecnología y horror á las disecciones humanas, y la perspectiva, en que obtuvo á los siete meses el primer premio y una mencion honorífica por una escena ideal presentada en la Exposicion de aquel año; así es que, prévia consulta á sus padres, resolvió dedicarse á la arquitectura, y estudió en el Archigimnasio Romano las matemáticas, física y química y las nociones de historia y antigüedades que exigía el plan vigente, al par que en la Academia continuaba cursando delineacion y ornamentacion arquitectónica, composicion y construccion, alternando todo esto con estudios prácticos en las ruinas de los grandes edificios camorales.

Como Laviña gozaba la proteccion del prelado de los establecimientos españoles en Roma, que más tarde fué cardenal Marco, le confió las obras de cuanto ocurría en las fábricas, proporcionándole vasto campo á su ejercicio y la gloria de restaurar la iglesia nacional, donde hizo gala de sus conocimientos artistico-musicales con motivo de la traslacion del órgano que ocupaba al pié del templo una tercera parte de su nave, quedando muy reducido en volúmen y contenido en dos pequeñas tribunas del presbiterio sin el menor quebranto, ántes bien con la añadidura de seis notas á cada registro, tres de éstos nuevos, 14 contras y el tambor, cuya obra, contra la cual opinaron al principio organistas, organeros y maestros de capilla, valió al artista zaragozano el más halagüeño aplauso del publico, del prelado y de la embajada.

Solicitó despues de la Academia de San Lúcas, prévio exámen y prácticas reglamentarias, el título de arquitecto, que no sólo obtuvo por unanimidad, sino que la patente, expedida el 20 de Diciembre de 1830, fué en alto grado lisonjera; pues mencionaba los diferentes premios que alcanzara en la Pontificia Escuela, y elogiaba mucho sus obras, como un tratado de *Neografia dei Lacunari* que dió á luz en el idioma de Dante con la aprobacion de varias Academias y con láminas al agua-fuerte por él mismo trazadas y grabadas. Durante su permanencia en Roma demostró muy grandes conocimientos mecánicos en la suspension atrevida de algunos edificios para echar nuevos cimientos.

Al cabo de trece años largos de vida en la Ciudad Eterna, y despues de visitar algunas otras ciudades italianas, reclamábale el paternal amor en Zaragoza, y á su regreso á España revalidó su título la Academia de San Fernando, declarándole hábil para

incorporarse á ella como arquitecto de mérito. En Zaragoza presentó un proyecto de jardín y adición de su contiguo y palacio del duque de Villahermosa, que fué preferido á otros varios formados por arquitectos de Paris, Madrid y Zaragoza, y realizó á completa satisfaccion del duque; trazó una escena cerrada para el teatro; dirigió las decoraciones de multitud de fachadas con motivo de las fiestas por la jura de la Princesa; se ocupó en las obras de la Biblioteca para dar cabida á 34.000 volúmenes; proyectó los planos para una aduana en Canfranc, con la aprobacion académica y del gobierno; fué elegido secretario de la comision nombrada para el rescate y conservacion de los monumentos artísticos é históricos, y desempeñó en la Escuela Normal sucesivamente las cátedras de lengua italiana, matemáticas elementales y dibujo de figura, hasta que á instancias del director de la Escuela, encargado del planteamiento del Instituto Riojano, y no viendo nada digno de consideracion artistica en Zaragoza despues de nueve años de permanencia en aquella ciudad, pasó á la de Logroño, cuyas corporaciones le reclamaban para dirigir las obras de recibimiento y públicas demostraciones al pacificador de España.

Realizada felizmente sólo en tres dias aquella mision compleja é improvisada, mereció el nombramiento de maestro mayor del municipio, habiendo de encargarse más tarde á su pesar de la plaza de maestro de obras de fortificacion; y como si no bastara aquel compromiso, le endosó tambien el comandante de ingenieros de ejército el archivo y la correspondencia oficial, cuyos cargos llegaron á malquistarle con el ayuntamiento en 1842. Un año ántes contrajo matrimonio en Vitoria con doña María Sinfrosa Martinez, natural de Azcoitia, de la que llegó á tener cinco hijos. En Logroño, pues, donde vió frustrada su esperanza de ejercitar su actividad con fruto, se redujeron sus obras al planado del Paseo del Siete, á la habilitacion del convento del Carmen para el establecimiento del Instituto, al trazado de dos largos trozos de la carretera de Calahorra, en cuyo proyecto introdujo ventajosas variaciones que redujeron á la mitad su coste, y á varias construcciones particulares y otros proyectos, entre los que se cuenta el del teatro, que aunque aprobado en confidencial censura, no llegó á realizarse por causas especiales.

Pasó despues á Madrid D. Matías Laviña, que, mediante ejercicios que practicó, fué admitido académico de mérito en la de San Fernando en Agosto de 1844, y como se le propuso entrar de ornamentista en la famosa platería de Martinez con sólo algunas horas de asistencia cotidiana, aceptó y cumplió en tales términos, que hubiera llegado á ser el jefe director de ella, como anhelaba el dueño, á

no haber ocurrido la defuncion de éste. Sin embargo, se hicieron en su tiempo algunas obras importantes, como un servicio de altar para el Papa Gregorio XVI, las vainas enroscadas para las hojas toledanas que habían de regalarse á los Príncipes de Francia, la gran máquina para la exposicion del Santísimo en Semana Santa para la Real Capilla, y otros trabajos.

Al refundirse en 1846 la Academia de San Fernando, se halló Laviña con el nombramiento real que le incluía entre sus miembros, y en Febrero del 47 obtuvo por concurso la cátedra de dibujo de adorno, que nueve aspirantes solicitaban. Durante este periodo despachó comisiones é informes para aquel cuerpo artístico, sin que la seccion de arquitectura le rechazase nada á pesar de las cuestiones de grave interés en que intervino, y áun desempeñó tambien algun asunto importante fuera de la corte. Su actividad y amor al trabajo multiplicaban sus fuerzas de tal suerte, que ya se le hallaba supliendo la secretaria de la seccion de arquitectura de la Academia, ya actuando como juez de oposiciones, ya inspeccionando las de grabado y escultura para Roma, ya de vocal en la provision de los profesores de la Escuela especial de Arquitectura, ya en el tribunal calificador de las obras presentadas en la Exposicion artistica de 1856; unas veces dedicado á la enseñanza de la perspectiva; otras simultaneando su cátedra con la de la Escuela de niñas de la Academia, para que fué nombrado; otras redactando unas *Instituciones teórico-prácticas de perspectiva*, que aprobó aquel cuerpo, ó unos *Principios de geometría*, con problemas nuevos é interesantes, ó una *Memoria sobre la mejora de la enseñanza del adorno*, que mandó observar la Academia, ó una *Cartilla de adorno elemental*, que fué declarada de texto por S. M. la Reina, ó un *Tratado de geometría descriptiva*, cuya declaracion de texto fué propuesta al Gobierno oficialmente, ó una *Disertacion sobre el sonido*, que ha quedado inédita; otras, en fin, dedicado á trabajos periciales ó de otro género por encargo de los ministros de Gobernacion ó Fomento, ú ocupado en varias construcciones particulares. ¡Portentosa serie de verdaderos méritos y de eminentes servicios á la nacion y á las artes en el breve espacio de once años!

Entre las obras particulares que en Madrid se le confiaron, merece especial mencion el gran palacio de los duques de Granada, en cuya fachada introdujo por vez primera en Madrid el uso del cemento romano para la ornamentacion, que más tarde se empleó en las de la iglesia de San Jerónimo y Comendadoras de Calatrava, no sin que en un principio tropezase la innovacion con ardides de mala fe en su daño manejados.

Llegó la hora, pues, de un reconocimiento facul-

tativo en la fábrica de la hermosa catedral de Leon, cuyo estado de ruina inspiraba serios temores. Aquel monumento insigne, sorprendente creación del genio, ejemplar grandioso del arte gótico, iba á derrumbarse. La fe que despertó aquel genio, el amor á las glorias nacionales, el respeto y la veneración á sus antiguas grandezas no habían muerto; así es que el prelado y el cabildo acudieron al Gobierno en solicitud de que sin demora enviase un arquitecto idóneo que informara los medios más oportunos de conjurar el peligro. Hízose en 1858, con la propuesta de contener por de pronto con apeos las dos bóvedas del coro y presbiterio contiguas á los arcos torales respectivos; y en 3 de Mayo de 1859 fué nombrado Laviña de Real orden director de las obras de restauración.

Queda arriba indicada la unánime aprobación que merecieron la buena dirección, esfuerzos y economía en las obras durante el tiempo que estuvo al frente D. Matías Laviña, cuyos últimos años de vida trascurrieron sin otro pensamiento ni más objeto que la catedral, cifrando en ella todas sus ilusiones, soñando en ella hasta despierto, casi concretando á ella también sus más puros afectos; y cuantos quieran juzgar de cerca su conducta, que en medio del general aplauso fué censurada por un inteligente que auguraba en 1863 el desplome de una media naranja que fué demolida en 1864, en la Memoria hallarán documentos públicos y oficiales informes que le realzan, patentizando las dificultades que dejó vencidas con su inteligencia, estudio, celo, constancia, y sobre todo, «con la protección de la Providencia,» como él decía.

Con esta gloriosa etapa terminan al mismo tiempo la vida y los servicios de Laviña, que iba á cumplir la edad de 72 años, á pesar de la cual no perdió en lo más mínimo el uso de sus facultades; antes bien las conservó aún con mayor lucidez, como aumentan su caudal y rapidez los ríos á medida que al mar se acercan. Su edad, su vida afanosa y una dolencia del pecho exasperada con el invierno y agravada en el clima frío de Leon, le llevaron al sepulcro el día 15 de Enero de 1868, pronunciando al espirar esta máxima del oficio: «Agua á las paredes y vino á los albañiles!»; Digno epílogo de su carrera!...

Fuó su carácter ingenuo, accesible, comunicativo; ni figuró en política ni tuvo otras opiniones que las monárquico-constitucionales, apareciendo sólo como verdadero amante de las glorias de España, como adversario de todo cuanto llevase á la relajación de costumbres, y como eficaz apoyo del progreso moral y material allí donde cualquiera innovación provechosa y útil se iniciare. Exacto y legal en sus deberes cuanto verídico en sus asertos, más de una vez sacrificó el interés propio al ajeno. Su

desinterés, su celo é integridad se retratan de la manera más fisonómica en una carta que dirigió á su familia recién llegado á Leon, cuyas palabras de inusitado júbilo y de infantil regocijo persuadieron á sus parientes de que alguna ventura inesperada, alguna extraordinaria dádiva de la fortuna había colmado su felicidad.—«¿Le habrá tocado la lotería?» se preguntaron en un principio, aunque nunca jugaba, á pesar de sus escasos medios; pero á vuelta de hoja explicaba el buen Laviña el motivo de su alborozo, que era haber proporcionado una pingüe economía al cabildo catedral, hallando quien realizase por la mitad del precio contratado cierto servicio de extracción de escombros.

Su humildad y su modestia, en fin, robustecidas en el retiro de su propia casa, sin frecuentar cafés, teatros ni paseos, cumpliendo apenas con sus escasas relaciones de sociedad, harto se vieron con ocasión de su no pretendido é inesperado nombramiento de director de las obras de la catedral, en que, acudiendo por vez primera al despacho del ministro á fin de averiguar si era él mismo el investido con tan honroso cargo, del que juzgábase indigno, dobló la rodilla el venerable anciano y besó la mano al ministro.

Entre otras mandas, legó en su testamento al municipio de Zaragoza el proyecto de un monumento para perpetuar la memoria de los héroes de 1808, según acuerdo de las Cortes de Cádiz, el cual fué aprobado por las Academias Romana y Española; algunos ejemplares de sus obras de adorno y geometría á la de San Luis de Zaragoza y á la Escuela elemental de pintura, escultura y grabado de Madrid; y á la Academia de San Fernando el *Diccionario de Arquitectura* que tenía empezado y contaba ya con unas 5.900 voces reunidas, como también la traducción castellana de su obra *Neografia dei Lacunari*.

No de otros ricos legados de fortuna puede hacerse mención. Laviña murió pobre, como mueren los hombres de eminentes servicios á la patria, como mueren los obreros de la civilización y los mártires del trabajo. Después de haber desempeñado varias cátedras oficiales en el espacio de veinte años, dotadas como se dotan en esas infelices naciones en que el profesor, si no el pária, es el último ciudadano, disfrutaba meses antes de su muerte el exíguo sueldo de 600 escudos anuales, con lo que en rigor de ley apenas habrá podido clasificar el Tribunal de clases pasivas á la huérfana de aquel hombre extraordinario con la mísera pensión de 175. No intrigó, no aduló, no corrompió, no predicó doctrinas disolventes, no sedujo con la hipocresía del orden, ni anduvo á cintarazos con su prójimo, que le hubiera valido honores y entorchados, ni se amparó siquiera de los cuatro amigos y

un periodista, la palanca novísima de la posición y de la fama.

Laviña, á quien dió el Gobierno las gracias por la economía en las obras de la Basílica; Laviña, á quien prometió solemnemente el Gobierno un premio que no obtuvo; Laviña, cuya virtud, cuya humildad, cuyos servicios é innumerables méritos contrastan con el carácter de esta época sin carácter, en que la ambición está en razón inversa del merecimiento, no sólo murió pobre, sino que murió sin una simple condecoración que ornase el noble pecho del arquitecto y del profesor ilustre. El gimnasta Leotard, que ni aun era español, obtuvo la cruz de Carlos III; pero D. Matías Laviña no llegó á dar el salto de los trapecios.

Más de una vez ha pensado el que estas líneas escribe que si Cervantes volviera al mundo en pleno siglo de las luces, tampoco cenaría la noche de concluir el *Quijote*.

MANUEL M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

I.

ORÍGEN DE LA CATEDRAL DE LEON Y SU INSTALACION EN LAS TERMAS PROCONSULARES.

Entre los muchos timbres que ostenta la noble ciudad de Leon, no es ciertamente el de menor valía la antigüedad de su basílica episcopal. No nos ha conservado la tradición el sitio que ocupaba esta iglesia en los primeros siglos de la cristiandad, porque entonces la religion del Crucificado era, á los ojos de los Césares, una sociedad ilegal, y se perseguía por sus doctrinas y su moral, que destruían las bases de aquella civilización caduca, viéndose por esto forzados los cristianos á cantar las divinas alabanzas en lugares recónditos é ignorados. Congregados por sus pastores durante el silencio de la noche, celebraban los sagrados misterios en los subterráneos ó sitios donde más á cubierto estuviesen de las pesquisas de los paganos, evitando siempre con la más recatada prudencia todo alarde que pudiera empeorar una situación ya en extremo dura. Después de este período de persecución y martirio, lucieron mejores días para la Iglesia, y entonces los cristianos se apresuraron á erigir templos que sirviesen de fijo asiento á la catedral de sus obispos, y á mediados del siglo III era ya ostensible el culto en la iglesia catedral de Leon, consagrada bajo la advocación de Santa María y San Cipriano, que todavía conserva la actual basílica. Que esta iglesia estaba en el recinto de la ciudad, parece indudable, en vista de los documentos que el cabildo guarda en su archivo, por más que escritores, por otra parte muy respetables, apoyados en la autoridad de Sampiro, hayan querido situarla fuera.

La toma de esta ciudad por Leovigildo (586) no debió influir en la suerte de su iglesia, siendo probable conservase su esplendor durante los ciento veinticinco años que trascurrieron hasta la desastrosa rota del Guadalete; no pudiendo decir otro tanto de los resultados de la conquista de la misma hecha á viva fuerza por las armas victoriosas de los árabes en 713, durante cuya dominación vióse la iglesia reducida á la más dura servidumbre; el pastor se refugió en las montañas de Asturias, parte del rebaño se alzó en armas para librar el suelo patrio del yugo agareno, pero otra parte prefirió á la vida azarosa de los campamentos las condiciones con que le brindaba el interés del invasor. Treinta años, próximamente, sufrió esta ciudad tan pesada dominación, habiendo motivos para presumir que en todo este tiempo el templo de Santa María permaneció abierto al culto, atendida la tolerancia que en toda la Península encontraron aquellos conquistadores. En este estado debió hallarle Alfonso I el Católico, al apoderarse de la ciudad en una de las muchas expediciones que hizo al territorio ocupado por los infieles desde el 742. Libertado el país del yugo de los ismaelitas, la iglesia fué poco á poco recobrando su antiguo brillo, merced á la munificencia de los soberanos y al inagotable celo de sus obispos. Poco más de un siglo después de la reconquista, el obispo Fruminio, primero de este nombre, restauraba el templo de la catedral, consagrando de nuevo el altar dedicado á la Virgen María (28 de Mayo de 865).

Al trasladar la corte á Leon, Ordoño II echó luego de ver que la iglesia matriz no correspondía al rango á que acababa de ser elevada la ciudad. Esta idea por una parte, y por otra el deseo de mostrar su reconocimiento al Señor por el favor que le dispensaba en sus empresas contra los enemigos de la religion y de la patria, le movieron á erigir un templo tan suntuoso como permitían las circunstancias. Destinó al efecto su propio palacio, que era un espacioso edificio de tres naves, construido durante la dominación romana para casa de baños y gimnasio. Dotado el expresado edificio de tan buenas proporciones, pocas obras fueron necesarias para convertirle en el anhelado templo; y colocado en la nave central el altar de Nuestra Señora y otros dos en las laterales dedicados al Salvador y los Santos Apóstoles el uno, y el otro á San Juan Bautista y todos los Santos Mártires y Confesores, se hizo la dedicación con gran solemnidad en 916, dándose á la nueva catedral la advocación de Santa María, que tenía la antigua.

Ochenta años trascurrieron desde la inauguración de esta iglesia sin que ni un solo día se viese interrumpido el culto. Almanzor, después de un largo asedio, se apoderó de la ciudad (997), y dicho se

está cómo la trataría un conquistador á quien seguía una estela de sangre y de ruinas. Mutiló y aportilló las murallas, derribó edificios, y satisfecho de su obra se volvió á la Ciudad de los Califas. Dos años despues, su hijo Abdemelich, queriendo vengar la derrota que su padre sufriera en Calatañazor, vino á esta poblacion, y hallándola indefensa, se apoderó de ella sin dificultad; causó nuevos daños en la muralla, y quizá la hubiera arrasado hasta los cimientos á no estorbárselo el conde de Castilla. Jamás esta antigua ciudad se había visto tan cruelmente tratada cómo lo fué en estas dos sucesivas invasiones. Pocos fueron los edificios que lograron sobrevivir á tan general desolacion, sorprendiendo verdaderamente que en medio del odio que debió inspirar á los infieles tuviese la fortuna de ser uno de ellos, sin duda por su sólida construccion, la iglesia cuya historia viene reseñándose; pues aunque sufriese algun desperfecto en su fábrica, es lo cierto que á fines del mismo año (999) en que hizo su expedicion Abdemelich, tuvo lugar en ella la coronacion de Alfonso V con gran pompa y solemnidad.

La suma pobreza á que había llegado la iglesia, á pesar de las cuantiosas donaciones que en diferentes épocas la habían hecho los reyes y los prelados, no permitían hacer en el edificio las obras que exigía su entretenimiento, y este forzado abandono debió producir los más desastrosos efectos en su fábrica, porque al tomar posesion de esta silla episcopal el insigne Pelayo II (1065), ofrecía este templo la más dolorosa perspectiva. Pero este digno prelado, con un desprendimiento que le honra sobremanera, destinó todos sus bienes y los muchos recursos que le facilitaron las personas piadosas á su reparacion, logrando conjurar la ruina de que estaba amenazado. Puso nuevos altares con la misma advocacion que tenían los antiguos, colocando en la nave del medio el dedicado al Salvador y á todos los Apóstoles, el de la Virgen María, patrona de la iglesia, en una de las laterales, y en la otra el de San Juan Bautista y San Cipriano. No satisfecha con esto su piedad, levantó de nueva planta, alrededor del edificio, casas, claustro, un refectorio y las dependencias necesarias para el servicio de los canónigos que en aquella época hacían vida regular. El interés que á todos inspiraba esta antigua basilica y el inmenso placer con que habían visto su restauracion, se manifestó bien claramente en la inusitada pompa y lucido concurso con que se celebró la consagracion de los altares (10 de Noviembre de 1073), pues asistieron á este religioso acto el rey Alfonso VI, su hermana doña Urraca, y doña Elvira, ocho obispos y crecido número de abades, de grandes y de caballeros.

Este templo conveniente y maravilloso, como le

llama el obispo Pelayo II, prolongó su existencia hasta fines del siglo XII, en que, introducido el estilo ojival, el obispo Manrique, hombre de levantados pensamientos, le hizo demoler para construir en su lugar la fábrica actual, objeto de admiracion para propios y extraños por la pureza de su orden gótico.

(Continuará.)



CRÓNICA DE HISTORIA NATURAL

EL WAPITI

(CERVUS CANADIENSIS.)

Despues de leer las novelas de Fenimore Cooper, del capitán Mayne-Reid (1) y de Gustavo Aymard se encuentra cualquiera inclinado á representarse las comarcas que se extienden al pié de las Montañas Pedregosas ó á orillas de los grandes lagos de la América del Norte, como inmensos territorios de caza poblados de toda especie de piezas de pelo y de pluma; imaginanse inmensos bosques en los que pululan ciervos y gamos, donde el cuguardo se desliza entre los matorrales; vastas praderas donde pastan rebaños de búfalos y en las que aulla de noche la coyota á la luz de la luna; lagos y rios en los que construye sus diques y moradas el industrioso castor; pero este cuadro, que era verdadero hace treinta años, no lo es ya hoy; al avanzar los colonos por el *far-west* han roturado en parte los bosques seculares; en medio de las praderas se alzan ciudades populosas unidas por ferro-carriles, y los animales salvajes han tenido la misma suerte que la raza india; han sido ojeados por todas partes y diezmados sin compasion. Los castores han desaparecido por completo, los búfalos son muy raros, y entre los ciervos hay especies como el wapiti, que puede figurar actualmente á título de curiosidad en nuestros parques y jardines públicos.

Despues del alce, el wapiti ó ciervo del Canadá (*Cervus canadiensis*) es seguramente el mayor de todos los ciervos de la América del Norte; un macho adulto no tiene menos de cuatro piés á cuatro piés y ocho pulgadas, desde la pezuña á la cruz, y á su lado los ciervos más grandes de Europa parecerían gamos. El color de esta hermosa especie es pardo rojizo en primavera, bastante oscuro en la cabeza y cuello, y más claro en el lomo y los cos-

(1) Las novelas más interesantes é instructivas del capitán Mayne-Reid las ha publicado la casa editorial de los Sres. Medina y Navarro, hoy de D. Eduardo de Medina.

tados. Desde la parte superior de la cabeza, y prolongándose desde la barba hasta las patas posteriores, por el centro del pecho y del abdomen, el color es castaño. Los pelos que cubren los lados de la garganta son pardo-oscuros con el extremo castaño; los que revisten las patas laterales del abdomen son de color pardo-oscuro uniforme. El hocico, que es muy ancho en el macho, es casi negro entre las narices, pero se esclarece mucho en las inmediaciones del labio superior; cuyo borde es blanquecino. A cada lado de la barba véanse dos manchas amarillas que se reúnen hácia el labio inferior, rodeando un espacio de color pardo; manchas iguales existen sobre el borde anterior y sobre el posterior de las orejas. Estas son de color castaño por fuera y blanco amarillento muy pálido por dentro, lo que produce un contraste muy raro, y los ojos, en vez de estar rodeados de un círculo blanquecino como sucede en muchos ciervos, están, por el contrario, rodeados de una zona de pelos oscuros.

Una gran mancha de color pardo leonado, rodeada por una banda oscura, ocupa la region posterior del cuerpo, la grupa y parte de los muslos; la cola, muy corta en los dos sexos, es de color amarillo rojizo; en fin, las patas anteriores, como las posteriores, tienen un color más oscuro aún que el lomo y los costados. La coloracion general de la piel varia ligeramente segun las estaciones, siendo más clara, más leonada en otoño que en primavera y verano, pasando á gris negruzco en invierno.

En esta especie, los lagrimales, esos hoyuelos que tienen muchos ciervos y antilopes debajo de la órbita y segregan un líquido untuoso, están extraordinariamente desarrollados y tienen una abertura casi tan larga y seguramente tan ancha como el ojo mismo. En fin, las pezuñas ofrecen una forma particular; su cara inferior es más redondeada, más oval que en el ciervo de Europa y en el de la Virginia. Todos estos caracteres, sobre todo las dimensiones y forma de las astas, permiten distinguir al wapiti, no solamente de las especies europeas, sino también de sus congéneres americanos. Sin embargo, por mucho tiempo se ha confundido el ciervo del Canadá con el de Europa, y lo que es más difícil de comprender, con el alce de América y hasta con el alce de crines que habita en los bosques de Noruega, de Suecia, de la Lituania y en el valle del río Amor. Parece que el primer autor que ha distinguido específicamente el wapiti ha sido Ray; pero pertenece al doctor Smith el honor de haber publicado en el *Medical Repository* un grabado y una buena descripción de este animal. Los cazadores lo designan con el nombre de ciervo rojo (*Red Deer*), alce gris (*Grey Elk* y *Grey Moose*), alce de astas redondeadas (*Round horned Elk*) y wapiti. Hace cincuenta años se le encontraba desde

el Atlántico al Pacífico, y en extension de muchos grados de latitud hasta el paralelo 57; veinte años después había desaparecido totalmente del Estado de Nueva-York, y en la actualidad ya no se encuentra sino en las inmediaciones de los montes Meghaghans, en la Minnesota, al Norte del Wisconsin y en las orillas del río Yellowstone. Pero aunque esta especie ha estado tan extendida hasta principios de este siglo, se tienen pocos datos sobre sus costumbres en el estado salvaje: algunos autores presentan al wapiti como el más estúpido de los ciervos; otros, por el contrario, sostienen que es muy astuto y que escapa con mucha destreza de los lazos que le tiende el cazador. Se alimenta de musgos y retoños de árboles, y se domestica con bastante facilidad; hasta se asegura que se le puede acostumar á llevar atalaje.

Esto no puede extrañar, porque nuestro ciervo de Europa, que solamente se distingue del wapiti por el tamaño, su color ligeramente diferente y las dimensiones de las astas, es susceptible de cierta educacion: los saltimbanquis consiguen á veces enseñarles ciertas habilidades, y Brehm refiere que Augusto II, rey de Polonia, enganchaba á su carruaje en 1739 ocho ciervos domesticados: los duques de Deux Ponts y de Mingen tenían también tiros de ciervos blancos.

Los wapitis que en Europa se han tenido en domesticidad se manifestaban mansos y dóciles; pero es probable que en libertad, rodeados de enemigos, sean agrestes. Los ciervos de Europa, cuando se les tiene en cautiverio, son generalmente muy dóciles; sin embargo, en ciertos momentos los machos se enfurecen sin causa aparente contra las personas encargadas de llevarles el pasto, brillan los ojos, fruncen el labio superior, bajan la cabeza, dirigiendo la punta de las astas hácia su adversario, y se precipitan sobre él con tal rapidez, que es muy difícil escapar del brusco ataque. En primavera, durante la época del celo, los ciervos traban terribles combates, que presencian las hembras desde lejos sin tomar parte en ellos. Dos machos se precipitan uno sobre otro bramando de coraje; se atacan y defienden con sorprendente agilidad, y hacen resonar el bosque con el choque de las astas. Por mucho tiempo permanece incierta la victoria, hasta que uno de los combatientes, descubriéndose imprudentemente, recibe una herida que le obliga á ceder el campo, y el vencedor queda único dueño del rebaño. Algunas veces, sin embargo, en el encarnizamiento de la pelea se entrelazan de tal manera las astas, que no podría separarles ninguna fuerza, y los dos ciervos, víctimas de su furor bélico, mueren de hambre ó son presa de los animales carnívoros.

El asta del ciervo se diferencia completamente,

como todo el mundo sabe, del cuerno de los demás rumiantes: en efecto, estas prolongaciones del hueso frontal, en vez de estar protegidas por un estuche córneo, como en los toros y carneros, los cubre primeramente la piel, de la que se despojan después, quedando completamente desnudos. Estos apéndices, que constituyen armas temibles, no existen generalmente más que en los machos; sin embargo, en los renos lo poseen los dos sexos; algunas veces son simples las astas, pero más generalmente ramificadas y guarnecidas en la extremidad de una dilatación toscamente parecida á la palma de la mano. El nacimiento de las astas se anuncia por una gran afluencia de sangre á los lados de la frente: en el ciervo de Europa se ve á la edad de seis meses aparecer dos protuberancias sobre las sienas, á cada lado de la línea media; estas extumescencias son los primeros vestigios de las astas, que no se desarrollan en realidad hasta el año siguiente.

A principios de verano empiezan á desarrollarse las astas bajo la forma de excrescencias gelatinosas que se consolidan poco á poco por el depósito de sales calcáreas. La piel que las revisten es al principio muy blanda y vascular; arroja sangre á la menor herida, y presenta una coloración blanco-rosada, estando cubierta de numerosos pelos; pero cuando el desarrollo del asta toca á su término, se aminora la circulación, se seca la piel, se abre en ciertos puntos, y al fin se reduce á girones, que el ciervo hace caer fácilmente frotándose contra los árboles. Entonces aparecen las astas completamente desnudas, bajo la forma de dos ramas simples, terminadas en punta. Durante el otoño y el invierno no sufren ninguna alteración; pero á mediados ó fines de Mayo se realiza otro fenómeno: desarrollanse gran número de vasos á ambos lados de la frente, se insinúan entre la base de las astas y el hueso que las sostiene, y poco á poco las separan. Pronto caen las astas arrastradas por su propio peso, siguiendo á la caída una ligera hemorragia, pero en muy poco tiempo se cicatriza la herida; después bajo la piel que vuelve á formarse nacen nuevas astas, desarrollándose absolutamente de la misma manera que las del año anterior.

En algunos ciervos ni siquiera existe diferencia de forma entre las astas nuevas y aquellas á que reemplazan, estando unas y otras reducidas á una sola rama: así se observa, por ejemplo, en los pequeños ciervos de la América del Sur; pero en los ciervos propiamente dichos, como en los gamos, los renos ó los alces, la cabeza se complica de año en año por la producción sucesiva de candiles laterales y terminales, y por la formación de una dilatación superior. El tronco se cubre al mismo tiempo de rayas más profundas, de verrugas que en la

base se reúnen en corona; en fin, en vez de dirigirse según el eje de la cabeza, el tronco del asta se separa de la línea media, se encorva primeramente hacia afuera, después á la espalda, y en seguida ligeramente hacia adentro, formando una especie de lira con el asta opuesta. En el ciervo alefó, á los tres años véase aparecer una rama que al principio está insertada á cierta altura, pero que tiende á acercarse á la frente á medida que el animal avanza en edad. En la primavera del cuarto año, es decir, cuando el ciervo ha nacido en el mes de Mayo, habiendo cumplido tres años, las astas que se forman tienen un candil más, y presentan ya una débil dilatación terminal. No debe creerse que el número de ramificaciones indica siempre de una manera precisa la edad del animal, porque en ciertos casos puede abortar una rama ó subdividirse en dos ramificaciones secundarias; sucede también á veces que la atrofia ó la complicación solamente existe en un asta. Lo más notable en todo esto es que, prescindiendo de causas anormales, las astas reproducen siempre el tipo de aquellas á que suceden, de donde resulta que estos órganos ofrecen al naturalista caracteres precisos para la distinción de las especies y hasta de los géneros. Entre los alces, tales como el alce de crines, que después de haber vivido en toda la Europa septentrional está ahora confinado en ciertos parajes de Suecia, Noruega, Prusia, Siberia y la Mongolia, y el alce originario de *Mosdeer*, que se encuentra en el Canadá, cerca de la desembocadura del Mackenzie y en las cumbres de las Montañas Pedregosas, las astas se componen de un tronco corto y una dilatación en forma de pala, surcada por numerosas rayas y presentando en el borde externo numerosas digitaciones: en los renos las astas están reunidas á una corta salida, encorvándose en seguida hacia adelante y terminando por una dilatación ménos ancha que la del alce, pero guarnecida igualmente por cierto número de puntas. De la base del asta parte una pequeña dirigida hacia adelante, y que á veces presenta también una dilatación. Algunas veces brota en el centro del asta un candil que se dirige hacia atrás. Una disposición más ó ménos análoga se observa en un ciervo de la China, descubierto por el abad David, y que M. A. Milne Edwards ha descrito con el nombre de *Elephurus davidianus*. Los gamos tienen como los renos una dilatación palmeada, pero la prolongación ó candil interior no se dilata jamás en su extremidad, sino que termina en punta y se dirige casi verticalmente; en fin, en los ciervos el asta es redondeada, granulosa, débilmente dilatada en el extremo y guarnecida de candiles, cuyo número aseguran puede elevarse hasta doce en cada lado.

Al examinar no solamente los grandes grupos,

sino también las especies de cada grupo, pueden observarse diferencias de la misma naturaleza, pero de menor importancia: por ejemplo, al comparar un ciervo alefo de diez cuernos con un wapiti de la misma edad, véase desde luego que las astas no tienen la misma forma ni las mismas dimensiones. En el wapiti el tronco es casi redondo ó ligeramente ovalado (en una sección transversal) en la segunda mitad de su longitud; está cubierto de granulosidades numerosas, dispuestas en líneas bastante regulares y separadas por surcos longitudinales irregulares; los candiles terminan en punta lisa, aguda, cuya blancura contrasta con el color oscuro del resto de las astas; están todos insertos en la cara anterior del tronco, y frecuentemente tan cercanos los dos primeros que casi se tocan, y sus extremos divergentes solamente están separados por ocho ó diez pulgadas. La tercera y cuarta rama, situadas mucho más arriba, se dirigen casi verticalmente, lo mismo que la quinta y la sexta, que al reunirse forman una especie de horquilla: estos cuatro candiles están siempre mucho menos desarrollados que los dos primeros, cuya longitud llega algunas veces á la mitad del tronco, medido según la curvatura externa.

En otro ciervo de América, el caricou ó ciervo de Virginia, que algunos autores acercan al gamo, haciéndole tipo de un género especial, las astas ofrecen una disposición completamente distinta; encorvan en arcos hacia afuera y hacia adelante, y llevan de tres á siete candiles dirigidos hacia adentro; el tronco no es ovalado como en el wapiti, sino cilíndrico en toda su extensión; y estos caracteres, unidos á otros tomados de las dimensiones de la longitud del cuello, de la forma de la cabeza, de la fuerza de las patas y de la coloración del pelo, permiten distinguir fácilmente el ciervo de la Virginia del ciervo del Canadá. Otras especies, tales como el ciervo de cola blanca (*Cervus leucurus*), el ciervo de Colombia (*Cervus columbianus*), el de Méjico (*Cervus mexicanus*), ofrecen muchas analogías unos con otros, y se parecen más ó menos al ciervo de la Virginia; pero no podrían confundirse con el wapiti, del que no tienen ni la imponente alzada, ni la cabeza poderosamente armada, ni el color oscuro de la piel.

En el wapiti, como en el ciervo común, el número de candiles aumenta con la edad; pero, según parece, no pasa de cierto límite: son muy raras las astas con más de nueve candiles, siendo el más común el número de siete: en estos casos se ve frecuentemente una rama que brota de la horquilla terminal. Pero sea la que quiera la complicación de la cabeza, ésta supera siempre en peso y dimensiones á la de un ciervo alefo de la misma edad. Mr. Baird ha visto astas que medían 1^m,50 de lar-

gas y 0^m,33 de circunferencia en la base, y que pesaban sin el cráneo ni la mandíbula inferior, cerca de 20 kilogramos. La separación de las extremidades superiores era de cerca de un metro. Tales eran los principales caracteres de este ciervo, que es sin duda alguna el más grande que hoy existe en el globo.

E. OUSTALET.

(La Nature.)

ILUSTRACIONES

Á LA

DISPUTA ENTRE UN BURGALÉS Y UN VIZCAINO.

SOBRE LA LEALTAD, HONRA, HIDALGUÍA Y LIMPIEZA
DE CASTELLANOS Y VASCONGADOS.

GONZALO PIZARRO.

No andaba muy acertado Alonso, ciertamente, al conformarse con Martín en la acusación contra Gonzalo Pizarro, por la mala cuenta que dió en lo de Chupas, cerca de Huamanga; como puede verse en Garcilaso de la Vega, Prescott y otros historiadores del Perú, y lo prueba, además, desvaneciendo toda duda, la carta original, encontrada recientemente, que escribió Gonzalo al Licenciado Vaca de Castro al regresar de la fatigosa expedición al país de la Canela. En aquella carta se muestra Pizarro decidido defensor de la autoridad Real, vencedora luego en la reñida batalla de Chupas, y ofrece incondicionalmente su apoyo, y el de los pocos maltratados compañeros que con él lograron vencer los rigores de aquella jornada, para ir contra Almagro el Mozo, Juan de Rada y los demás levantados; cuyo ofrecimiento excusó aceptar el receloso gobernador Vaca de Castro, temiendo concederle al hermano del conquistador del Perú una influencia que más adelante pudiese ser perjudicial á los intereses del rey de España. Quizás habría sido muy distinta la ulterior conducta de Gonzalo, si en aquella ocasión hubiese procedido Vaca de Castro de otra manera.

FRANCISCO HERNANDEZ GIRÓN.

Uno de los que más quejosos se mostraron por los repartimientos que el Presidente Pedro de la Gasca acordó en su retiro de Guaina-rimac, después de haber vencido y ejecutado en Jaquijaguana á Gonzalo Pizarro, fué Francisco Hernandez Giron, quien verdaderamente tenía menos derecho que nadie á reclamar y ser recompensado, pues ya disfrutaba una renta de seiscientos pesos, y, sin embargo, obtuvo á cinco leguas del Cuzco, en el repartimiento de dicho Jaquijaguana, que perteneció al mismo Pi-



zarro, otra anual de diez mil. Mas por la codicia cegado, y desagradecido á las deferencias de las autoridades que, siguiendo la práctica que para librarse de pretendientes estableció Gasca, de casar á los vencedores con las viudas é hijas de los vencidos, porque disfrutasen de sus encomiendas y repartimientos, hasta le proporcionaron á Giron una mujer de que no era digno por lo noble, moza, bella y virtuosa. Á pesar de todo, pues, y sin producirle efecto los castigos aplicados recientemente á los sediciosos D. Sebastian de Castilla, Vasco Godinez y otros soldados turbulentos, se levantó en el Cuzco á 13 de Noviembre de 1553, aprovechando para el caso las fiestas y regocijo con que se celebraban las bodas de Alonso de Loaysa, sobrino del arzobispo de Lima.

En verdadero aprieto puso Hernandez Giron á las autoridades, y aún en peligro el dominio español en el Perú. Él prendió autoridades, soltó presos de las cárceles, mandó matar, creó ejércitos, y entre ellos el primero de negros que se organizó en la América meridional; se hizo elegir por algunos Cabildos procurador y capitán general de aquel que llamaba imperio, y venció en la batalla de Chuquinca y en otras ocasiones al ejército Real, mandado por los Oidores de la Audiencia de los Reyes, ó sea de Lima. Pero, vencido al cabo en Pucara, y preso junto al valle de Rimac, fué conducido á Lima y decapitado á fines de 1554, despues de haber depuesto en las declaraciones, en descargo de la acusacion de sus jueces, «que de su opinion habian sido generalmente todos los hombres y mujeres, niños y viejos, frailes, clérigos y letrados;» dando así á entender que no siempre el Perú se conformaba con la gobernacion de aquellos Virreyes y Oidores que tan poco se hacían respetar.

D. SEBASTIAN DE CASTILLA.

La pragmática expedida por el emperador Carlos V, citada ya en estas notas, á pesar de haberse declarado en suspenso su ejecucion, fué generalmente el motivo en que, á mediados del siglo XVI, se fundaron los descontentos del Perú para rebelarse, lo cual verificaban siempre que la ocasion les favorecia. Estas ocasiones eran muy frecuentes cuando por enfermedad ó muerte, ó por no haberse aún presentado á tomar posesion de sus cargos los nuevos gobernadores ó vireyes, asumía interinamente la Audiencia de Lima todos los poderes civiles y judiciales. A una de estas interinidades debió, como otros, su origen el alzamiento de D. Sebastian de Castilla, ocurrido en Marzo de 1553.

Durante la enfermedad del prudente y suave virrey D. Antonio de Mendoza, que murió á los pocos dias de haber dispuesto los Oidores, como autoridad

interina, que se quitase el servicio personal, protestando contra esta medida hubo algunos motines, que por el pronto se apaciguaron; pero no los ánimos de los agitadores, que dispuestos seguían á producir conflictos mayores. Entre las personas de quienes se sospechaba que pudieran promoverlos, se tenía al general Pedro de Hinojosa, por ser su casa centro de descontentos, que no salian de ella sin promesas ó esperanzas; y enteradas las autoridades le obligaron, para halagarle y tenerle alejado de la capital, á que aceptase el nombramiento de Corregidor y Justicia mayor de las Charcas.

Allá siguieron á Hinojosa muchos de los soldados que le habian ofrecido apoyarle cuando diese el grito de rebelion, y él á ellos favorecerles con acomodos y premios en tiempo oportuno; pero como éste trascurría y las promesas no se realizaban, empezaron á recelar de él los desatendidos.

Contábase entre los soldados más agitadores un D. Sebastian de Castilla, hijo del conde de la Gomeza, que con algunos compañeros salió del Cuzco, fué á Potosí, donde se le agregaron otros, y pasó luego á la Plata ó Chuquisaca á ver en su residencia al general Hinojosa. Éste le recibió bien, como á todos sus camaradas; pero no dándoles nada ni disminuyendo sus esperanzas de contarle en alguna ocasion por caudillo, les cansó al cabo, y faltos de paciencia para permanecer por más tiempo pobres y sin más entretenimiento que los diarios desafíos y pependencias, que nada bueno les producían, empezaron á murmurar; y concertándose al descubierto y con toda desvergüenza, determinaron vengarse del general y llevar por otro camino su tiranía, fijándose en D. Sebastian de Castilla, como el más bien quisto entre ellos, para alzarle por cabeza de la rebelion.

Así lo acordaron, y así lo hizo presente al general Hinojosa, para que se previniese, el licenciado Polo de Ondegardo; pero á todos estos avisos, que consideraba oficiosidades de gente medrosa, respondía el Corregidor con soberbia y jactanciosa insolencia. Con todo, los conjurados llevaban adelante su obra. La tarde del primer domingo de Marzo se le presentaron varios soldados dirigidos por Juan de Ugarte á ver qué rostro les hacia y explorar su última disposicion; y aunque salieron bien complacidos del recibimiento que les hizo, no por eso cejaron en su propósito, asegurándolo así á sus compañeros al darles cuenta del paso que acababan de dar.

La confianza en que el general Corregidor vivía, y esta disposicion de los soldados, decidió á los cabezas de la conjuracion á precipitar sus efectos, y los que reunidos estaban en casa de Castilla, que eran Diego de Vergara, Hernando de Guillada, Gonzalo Mata, Lope de Aguirre, Tello de Vega y dos

compañeros más, hasta siete, asaltaron la casa de Hinojosa al amanecer del lunes 6 de Marzo, y al tiempo que le asesinaban cruelmente, proclamaron general y justicia mayor á D. Sebastian de Castilla, á los gritos de «¡viva el Rey, viva el Rey, que ya es muerto el avaro, traidor, quebrantador de su palabra!»

Tomadas rápidamente cuantas disposiciones eran necesarias para asegurar su tiranía, y nombrados capitanes para los numerosos soldados que al olor del saqueo de la casa del Corregidor y las de otros principales acudieron, llegó al siguiente día á la ciudad de la Plata el turbulento Vasco Godinez, quien, si no estuvo presente, fué gran parte de aquel motin, mereciendo por esto que Castilla le eligiese su Maestre de Campo. No contentó esto á Godinez, ni satisfecho estaba de verse subordinado á persona de ménos valer que él; por lo cual, tres días despues, para ocupar el puesto que creía corresponderle de derecho y alegar al mismo tiempo un servicio que le permitiese pedir mercedes de repartimientos grandes, se alió con otro compañero, y sorprendiendo á D. Sebastian de Castilla, le mataron también á estocadas y á fieros golpes por la fina cota de malla que vestía, repitiendo los propios vivas al Rey, y gritando Godinez: «¡El tirano es muerto, y yo le maté!»

Aunque más larga que la de Castilla, tampoco duró mucho la tiranía de Vasco Godinez; pues encargado el mariscal Alonso de Alvarado de poner término á tan escandalosas rebeliones, empezó en la ciudad de la Paz á castigar con dureza á los más comprometidos y aficionados á tales pasatiempos; pasó luego á Potosí á limpiar de gente turbulenta la rica villa, y luégo á la ciudad de la Plata ó Chuquisaca, donde á fines de Junio, en que ya estaba preso, fué ejecutado dicho Vasco Godinez. Estas ejecuciones siguieron hasta los últimos días de Noviembre, en que, por el levantamiento de Francisco Hernández Giron, hubo necesidad de suspenderlas.

EL OIDOR JUAN DIAZ DE LUPIDANA.

Que el Oidor de Chuquisaca Diaz de Lupidana no era insensible á los atractivos del bello sexo, lo demostró al gobernar interinamente en Potosí, interviniendo como autoridad en las escenas amorosas de la bellísima Floriana, cuyo episodio voy á transcribir íntegro para dar una muestra de las costumbres de la rica villa á fines del siglo XVI:

«Fueron los padres de doña Floriana Rosales extremeños nobles, que entrambos unidos en santo matrimonio vinieron á estas Indias (dicen los historiadores de Potosí), y se avecindaron en esta villa. Trajeron de España dos hijos de poca edad,

D. Pedro y D. Martin. Llamábanse sus padres don Alvaro Rosales Montero y doña Ana Quintanal.

»A poco más de un año que estuvieron en Potosí, se sintió preñada doña Ana, y acercándose el tiempo, temiendo el rigor del temple, se determinó á retirarse al valle de Tarapaya, que aunque no es muy caliente, es bueno y se goza mejor la vida, y también por la conveniencia de la cercanía. Allí les nació una hija, á quien, por el nombre de su madre y por la grande hermosura que manifestaba como tierna y bella flor, le pusieron el de Floriana, pues ella nació el día de la Natividad del Señor. Crióse allí hasta edad de tres años, descubriendo cada día mayor perfeccion en su hermosura, y trajéronla á esta villa, á quien siempre reconoció por patria.

»Luégo que tuvo doce años comenzaron á inquietarse por su pretension muchos hombres nobles ricos, y que tenían cargos honoríficos; y aunque sus padres y hermanos eran por ello molestados á fin de que la diesen por mujer, nunca ninguno pudo conseguirlo; porque sabían muy bien que su hija no trataba de tomar semejante estado, ejercitada siempre en la virtud y recogimiento de su casa. Pero esto mismo encendía más el deseo de los pretendientes. Entre éstos, los que con más eficacia permanecían en la solicitud eran el Capitan D. Rodrigo de Alburquerque, persona que con deseo de servir al Rey en Chile había venido á Potosí á levantar gente á su costa; el Gobernador de Tucuman, que pasando á los Reyes (Lima) á verse con el Virey, se quedó, por haber visto á Floriana en una fiesta, á ser su pretendiente, y D. Julio Sanchez Farfan, Corregidor de Porco. Fuera de estos caballeros forasteros había otros vecinos, pretendientes, y unos y otros á todas horas rondaban la calle de aquesta hermosa doncella.

»Todo lo ignoraba en su encierro, hasta que un día, por los mismos vecinos fueron advertidos sus padres, y su hija de ellos; y por la mucha confianza que de su virtud tenían, de igual parecer doblaron su recogimiento, tanto, que los días festivos á sólo el alba se mostraba en las calles para ir á misa.

»Nada bastó para que un día, sin saber por cuya mano había venido, se hallase un papel encima de un escritorio de su casa, que tomándolo y viendo la firma, decía: «Criado de Vmd, el Gobernador.» No refieren los autores lo que él contenía, porque dicen que sólo manifestaba liviandad, sin algun fin honesto; y porque otra cosa no merecía, lo entregó al fuego que un brasero le deparó allí su enojo. No quiso hacer sabedores á sus padres, porque sentían muy mal del Gobernador: respondió al papel con muy breves razones y bien pensadas, que fueron las siguientes:

«Hánme dicho que el cielo os negó el nacer de nobles padres, y yo así lo creo, porque lo acredita

»la desatención de vuestro papel; mas él tuvo su »merecido, porque semejantes liviandades no merecían otra cosa que el fuego.» Ofendióse tanto el Gobernador de la respuesta, que imaginando el que su padre le hubiese dicho á su hija que era indigno de lo que pretendía, propuso de sacarlo al campo y reñir sobre el caso. ¡Donoso modo de conseguir su deseo! que si hubiera de ser para dejarlo de todo punto aún no fuera tan reparable; pero querer hacer mal á su padre y luégo gozar á la hija, gran disparate. Resolvióse el Gobernador á ejecutarlo; y como sabia que de ordinario se iba D. Alvaro al paraje de San Clemente á hacer mal á un caballo, fuese á esperarlo, que ajeno del caso llegó despues aquel caballero. Significóle el Gobernador su sentimiento; disculpóse D. Alvaro y culpó su atrevimiento, y todo paró en sacar sus espadas y acuchillarse.

»Esto sucedió en el mes de Enero del año 1598, y como por éste mes solían ir algunas mujeres á aquel paraje á tener sus meriendas y bailes, por causa de un venero de riquísima agua que hay allí, quiso la suerte que aunque eran las dos de la tarde se hallasen dos damas; las cuales, viendo que no léjos de donde estaban se acuchillaban aquellos hombres, fueron á ponerse cerca, y no sin falta de valor se metieron de por medio, y tan buena maña se dieron que, apartados, no los dejaron volver á acometerse; que harto lo deseaba D. Alvaro por verse herido á las primeras, aunque la herida no era de cuidado. Luégo llegó más gente y se hubieron de ir cada uno por su parte.

»Entrado en su casa D. Alvaro, dió muchas y muy sentidas reprensiones á su hija, la cual, ardiendo en ira, disculpándose con su padre primeramente, determinó despues satisfacer por su mano aquel agravio. Envió á decir al Gobernador, con palabras comedidas y bien disimuladas, que la siguiente noche le esperaba en cierta tienda, á la cual saldría por una pequeña puerta que entraba de un cuarto de su casa, donde sin ningun testigo quería hablarle. Con notable alegría recibió el Gobernador el mensaje y mensajero; que como el amor es ciego, de la misma manera lo son todos sus efectos.

»Puntualmente estuvo el Gobernador en el paraje y hora señalada, donde luégo salió Floriana, trayendo entre las bellas flores de su rostro el venenoso aspid de sus enojos. Llegó turbado el amante ofensor con el sombrero en la mano, diciendo:

»Señora, aquí teneis vuestro esclavo y fino amante; mejor dijera, el indigno que dos veces os tiene agraviada.

»Pero llegando á este punto, sin dejarlo Floriana pasar adelante, sacando una ancha y bien afilada navaja que tenia en la manga, como una leona arremetió á cortarle la cara, diciéndole muchos bal-

done. El Gobernador, que vió sobre sí aquel monstruo de belleza y de iras, con gran presteza rebatió con la mano el tajo que le tiró, de suerte que impidió el ver desecho su rostro, y la navaja entró por el dedo pulgar y parte de la palma hasta los huesos; y como al defender el rostro se retirase para atrás, tropezó con un madero que allí habia y cayó, y viéndose herido y que le aseguraba otro golpe, se levantó tratando á su enemiga de traidora. Sacó una daga que traía, y advirtiéndole Floriana su riesgo, le arrojó á la cara un envoltorio de mantas que allí estaba, con tan buen acierto, que á un mismo tiempo le embarazó la vista y el brazo, porque se le enredó en la daga parte de ella, y tuvo lugar de empuñar á dos manos un grueso tronco que allí le deparó su fortuna, y tan gran golpe le dió en los pechos y frente, que cayó sin sentido el gobernador. En esto acudieron al ruido los de su casa por la parte de adentro, y algunos también de las vecinas tiendas; y como viesan al Gobernador ensangrentado, y como muerto por lo aturdido, dijeron todos que ciertamente estaba sin vida.

»Entróse Floriana, y sus padres con gran pesadumbre y sobresalto trataron de esconderla; más ya no fué posible, porque como estuviese allí cerca el Corregidor, vino á toda diligencia por haberle avisado, y no pudo hacer otra cosa Floriana más de subir á un cuarto y arrojarse por una ventana á la calle. No era ésta muy alta, pero pudo haber sido el arrojamiento de mayor desgracia, porque al punto de bajar se le asió el faldellin de un madero, que estaba sobresaliente en el marco de la ventana, y quedó pendiente con la cabeza baja, sin poder valerse ni hacer fuerzas para rasgar el faldellin, porque de caer al suelo se hubiera de matar.

»En este punto, como la mayor parte del pueblo supiese del caso, habían acudido muchos á la casa de doña Floriana, y entre ellos el Capitan D. Rodrigo de Albuquerque y D. Julio Sanchez Farfan, Corregidor de Porco, entrambos pretendientes de Floriana; y como una criada conociese á D. Julio, y supiese que amaba á su señora, le dijo fuese al callejon que estaba á las espaldas de la casa, y viese si Floriana andaba por allí, porque habia rato que se arrojó por la ventana. Fué luégo D. Julio, y como ordinariamente los enamorados advierten todas las acciones, aún de los criados cuyos dueños aman, y como el Capitan Albuquerque los viese hablar en secreto á D. Julio y á la criada, fuéle siguiendo hasta entrar en el callejon sin que lo sintiese. Llegó ántes el D. Julio, á punto que la afligida Floriana con ansias mortales pedía ya favor, diciendo que se ahogaba. Acercóse el amante caballero, y tendiendo los brazos, cogió de los hombros á la doncella, y tirándola fuertemente, rasgándose el faldellin, cayó, y con el peso también fué al suelo D. Julio.

»En esto acudió el Capitan Alburquerque, y con palabras de sentimiento y de enamorado cubrió con su capa á la niña, y luégo la levantó del suelo. Viendo esto D. Julio, ardiendo en celos, se puso en pié, y sacando un puñal arremetió contra el Capitan, diciéndole ser un traidor villano, que á su vista tenía aquel atrevimiento. Como el Capitan oyese aquellos vituperios y se viese acometer con tanta furia, sacó una daga é hizo lo mismo con D. Julio, y sin dar tiempo á otra cosa, en un instante fué mal herido el Capitan, que cayó en el suelo pidiendo confesion; oyendo lo cual Floriana, maldiciendo su fortuna, se fué de allí á toda prisa, porque acudían algunos indios. Seguía la D. Julio, y viéndole la doncella le suplicó se volviese; porque no padeciese su honra más de lo que hasta allí se presumía en la villa. No quiso el caballero, diciendo que primero perdería mil vidas que dejarla en aquel paso; pero estas detenciones no sirvieron de otra cosa más que de dar tiempo á que el Corregidor viniese en busca de los agresores; que viéndolo D. Julio, tomó del brazo á la doncella y apresuradamente la sacó por la otra salida del callejon, donde estaba un muladar. Allí la dejó, diciéndola se agazapase, sin dejarse ver, mientras él divertía al Corregidor por otra parte. Fué así, que D. Julio, con la espada en la mano, se encaminó á otra calle, y viendo que lo acosaban algunos criados del Corregidor, arremetió contra ellos; que viéndolo tan bravo le abrieron campo, y él se valió de sus piés y se puso en cobro.

»Volvió, extraviando calles, á donde había dejado á Floriana; la cual, tanto por huir de D. Julio como de la Justicia, siguiendo las orillas del arroyo llegó á una de sus puentes; pasó por ella y entróse al rancho de unas indias, donde la acogieron con mucho cariño. Allí esperó el dia, que no tardó en venir, y luégo hizo saber á su padre donde se hallaba, el cual tambien se había ocultado aquella noche porque el Corregidor quería prenderlo. Supo Floriana como los dos heridos estaban con esperanzas de vida, de que no tuvo poco gusto, porque ellos mismos abonarian lo sucedido refiriendo los motivos; porque toda la villa le cargaba la culpa.

»Tenía el Gobernador un sobrino azoguero; éste formó querrela ante el Corregidor contra Floriana, y apretaba en que fuese buscada y puesta en prision; y como llegase á su noticia, trató de mudar el traje para ausentarse de la villa. Púsose en hábitos de india, que en cualquiera se levantaba de todo punto su hermosura, y estando para ponerse en una mula, no faltó quien avisase al Corregidor, que, aunque eran las nueve de la noche y la hacía muy oscura, vino al punto, y con mucho comedimiento dijo á la afligida doncella se viniere con él á su casa. No falta quien diga que cuando el Corregidor la estuvo mirando le pareció, aunque estaba en aquel traje, la

más hermosa mujer que en toda su vida había visto, y el niño ciego, que todos llaman Amor, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma de hombre como las demas, aunque de un juez prudente y respetuoso, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así dicen que, llegándose al señor licenciado bonitamente, le envasó una terrible flecha con que le pasó el corazon de parte á parte; y como es invisible el amor, pudo hacerlo muy al seguro, pues entra y sale por donde quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos.

»Tomóla, pues, de las manos el Corregidor, y consolándola con palabras amorosas la llevó á su casa. ¡Buen paraje tendrá Floriana, pues le será cárcel de amor! Dióle un cuarto decente, y retirándose al suyo el Corregidor, no pudo sosegar toda aquella noche, pensando en la hermosura de la que ya había hecho señora de su libertad. Luégo que amaneció fué á visitarla, y como la viese con la claridad del dia le pareció sobre hermosa, bellísima. Díjole muchas razones que, aunque entendía con ellas acreditar la que le había movido á señalarle prision en su casa, luégo conoció Floriana el camino recto á donde iban; y respondió á todo con mucha prudencia, adelantándose sólo en los agradecimientos. Continuaba el Corregidor tanto las visitas, que, con haber solos dos dias que allí estaba, quisiera más Floriana hallarse en un calabozo con las incomodidades ordinarias del que está aprisionado, que no con los regalos y cariños hechos por mal fin.

»Sabía D. Julio, desde donde estaba con recato, de la manera que se hallaba Floriana en casa del Corregidor, y lleno de celos rabiosos escribió á la doncella sus sentimientos. Ella le respondió, disuadiéndole de lo que para sí y para el Corregidor pensaba, si bien le suplicaba, como á caballero, le diese favor para poder salir de aquella prision. Conformóse en todo D. Julio con lo que Floriana pretendía, y con todo secreto dispusieron que una noche, despues que el Corregidor se recogiese á dormir, le esperase D. Julio debajo de un balcon, y que ella bajaría por una soga, y de allí que la llevase á Chuquisacá. Con esta determinacion llegó la noche prevenida, y era la que Floriana había señalado, engañando al Corregidor, para el cumplimiento de su torpeza.

»Fué así, que como era viernes de Cuaresma, todos los criados del Corregidor habían ido á oír ejemplos á la Compañía de Jesus, y pudo D. Julio verse con Floriana y disponer de la manera y hora en que se había de ejecutar. Dadas las diez de la noche, que era en la misma que la doncella había de ir al cuarto del Corregidor, se puso en el balcon, y atando con seguridad la soga, bajo por ella hasta ponerse en manos de D. Julio, sin que hasta allí nadie lo sintiese. Díjole Floriana á D. Julio, que

antes de dar un sólo paso le hiciese juramento de seguridad en su persona y pureza. Hizolo así, y estándola desatando la soga que se había puesto en la cintura, veis aquí asomándose al balcon el Corregidor (porque su misma tardanza le había hecho curioso en ir a ver), y viéndola abajo con aquel hombre, volvióse adentro llamando á sus criados para que con él saliesen en alcance de aquellos sujetos.

»Turbóse de tal modo la doncella, que aunque D. Julio le daba prisa á que huyesen ántes que el Corregidor saliese, no pudo acabar con ella el que diese paso acertado; y viendo el caballero el peligro de entrambos, tomó á Floriana en sus hombros y caminó apresuradamente con ella hácia la plaza del Gato. Metióse entre aquellos poyos, sudando y trasudando, y, ó fuese con la gran fatiga que D. Julio llevaba, ó algun mal interior que tenía, ó lo que más cierto es que esto tuvo algun misterio, pues sentándose á descansar en un poyo, repentinamente cayó muerto. Visto por Floriana, y juzgando fuese algun desmayo, acudió presto tomándole la cabeza en el regazo; pero advirtiéndole que era muerto, con gran sobresalto se puso en pié, y temiéndole que si allí la habían podrían juzgar que en alguna manera era ella causa de su muerte, tomando la capa, espada y sombrero de D. Julio, y poniéndoselo todo, se fué para el cementerio de San Agustín, donde recobrándose algun tanto se encaminó hácia los barrios de San Lorenzo, porque allí vivía una amiga de su madre. Llamó á la puerta y como la conociesen, luego abrieron y la recogieron.

»Dejémosla descansando, y volvamos á decir del Corregidor, el cual, teniéndose por afrentado cuando asomándose al balcon, como queda dicho, vió á Floriana en la calle con aquel hombre, llamando sus criados salió con ellos en sus alcances; mas no los pudieron ver, porque D. Julio y Floriana cogieron hácia la plaza del Gato, como queda dicho, y el Corregidor fué por otra calle, donde por haber rumor de gente juzgó que fuesen ellos. Desengañáronse con que no eran, y volviendo á la plaza del Gato, oyeron que unos perrillos ladraban entre los poyos. Fueron para allá, y hallando el cuerpo muerto de D. Julio, quedaron admirados el Corregidor y los que le seguian. Trajeron luces, y conocieron ser D. Julio; y como el Corregidor sabía que era pretendiente de Floriana, y el que había herido al Capitan la noche que por huir de la Justicia quedó pendiente de la ventana, luego que supo que Floriana hubiese sido el motivo, mandóla buscar por todos aquellos poyos y calles, y como no la hallasen, hizo llevar el cuerpo á su casa; buscáronle las heridas, juzgando lo hubiese muerto el rigor de ellas. No le hallaron ninguna, porque no era como presumían; y por esto se persuadió el Corregidor de que Floriana le hubiese dado algun tósigo. Con esta pre-

suncion luego que amaneció hizo llamar á los médicos para que le reconociesen, y ellos declararon como no era veneno, ni golpe. El Corregidor hizo cuantas diligencias fué posible por haber á sus manos á Floriana; mas ella estuvo tan oculta, que todo el tiempo que le duró el gobierno al señor licenciado no se tuvo ninguna noticia de ella.

»En el mes de Marzo de este año, pocos dias después de la muerte repentina de D. Julió Sanchez Farfan, Corregidor de Porco, murió tambien el Capitan D. Rodrigo de Alburquerque de las heridas que le dió el D. Julio, que no pudo tener remedio por mucho que se hizo en curarlas. El Gobernador se fué á los Reyes á fines de este mismo año de 1598, y llegando á la ciudad de la Paz, le dió un fiero tabardillo que á pocos dias le quitó la vida. De esta manera acabaron estos tres caballeros pretendientes de doña Floriana, la cual, como su fin era sólo el servir á Dios, luego que se fué el Corregidor Lupidana, salió de donde estaba escondida, y con mucho recogimiento, en casa de sus padres, guardó perpetua castidad, y murió de mucha edad con opiniones de que fué gran sierva del Señor.»

DON RAFAEL HORTIZ DE SOTOMAYOR.

En la curiosísima coleccion de leyendas peruanas, publicadas recientemente en Lima, por Ricardo Palma (1), se lee lo siguiente, respecto de los vicuñas y de la gobernacion de D. Rafael Hortiz de Sotomayor en Potosí, en la que lleva por epígrafe: «*Una aventura del virey poeta.*»

«El bando de los vicuñas, llamado así por el sombrero que usaban sus afiliados, llevaba la peor parte en la guerra civil de Potosí. Los vascongados dominaban por el momento, porque el Corregidor de la imperial villa, D. Rafael Hortiz de Sotomayor, les era completamente adicto.

»Los vascongados se habían adueñado de Potosí, pues ejercían los principales cargos públicos. De los veinticuatro Regidores del Cabildo, la mitad eran vascongados, y aún los dos Alcaldes ordinarios pertenecían á esa nacionalidad, no embargante expresa prohibicion de una real pragmática. Los criollos, castellanos y andaluces formaron alianza para destruir ó equilibrar, por lo ménos, el predominio de aquellos: tal fué la lucha que durante muchos años ensangrentara esa region, y á la que el siempre victorioso general de los vicuñas, D. Francisco Castillo, puso término en 1624, casando á su hija Doña Eugenia con D. Pedro de Oyanume, uno de los principales vascongados.

(1) PERÚ.—TRADICIONES, por Ricardo Palma, tercera serie. — LIMA: Benito Gil, editor, librería Universal, Bodegones, 42,—1875,—pág. 42 y siguientes.

»En 1617, el virey príncipe de Esquilache, escribió á Hortiz de Sotomayor una larga carta sobre puntos de gobierno, en la cual se leía lo siguiente: «*Ecatad, mi buen D. Rafael, que los bandos potosinos trascienden á rebeldía que es un pasmo, y venida es la hora del rigor extremo y de dar remate á ellos, que toda blandura resultaría en deservicio de Su Majestad, en agravio de Dios Nuestro Señor y en menosprecio de estos reinos. Así nada tengo que encomendar á la discrecion de vuesa merced, que como hombre de guerra, valeroso y mañero, pondrá el cauterio allí donde aparezca la llaga, que con estas cosas de Potosí anda suelto el diablo y cundir puede el escándalo como aceite en pañizuelo. Contésteme vuesa merced que ha puesto buen término á las turbulencias y no de otra guisa, que ya es tiempo de que esas parcialidades hayan fin ántes que, cobrando aliento, sean en estas Indias otro tanto que los Comuneros en Castilla.*»

»Los vicuñas se habían juramentado á no permitir que sus hijas ó hermanas casasen con vascongados; y uno de éstos, á cuya noticia llegó el formal compromiso del bando enemigo, dijo en plena plaza de Potosí:—Pues de buen grado no quieren ser nuestras las *vicuñitas*, hombres somos para conquistarlas con la punta de la espada.—Esta baladronada exaltó más los odios y hubo batalla diaria en las calles de Potosí.

»No era Hortiz de Sotomayor hombre para conciliar los ánimos. Partidario de los vascongados, creyó que la carta del virey lo autorizaba para cometer una barrabasada, y una noche hizo apresar, secreta y traídoramente, á D. Alonso Yañez y á ocho ó diez de los principales vicuñas, mandándoles dar muerte y poner sus cabezas en el rollo.

»Cuando al amanecer se encontraron los vicuñas con este horrible espectáculo, la emprendieron á cuchilladas con las gentes del Corregidor, quien tuvo que tomar asilo en una iglesia. Mas recelando la justa venganza de sus enemigos, montó á caballo y vino á Lima, propalando ántes que no había hecho sino cumplir al pié de la letra instrucciones del virey, lo que como hemos visto no era verdad, pues Su Excelencia no lo autorizaba en su carta para decapitar á nadie sin sentencia previa.

»Tras de Hortiz de Sotomayor viniéronse á Lima muchos de los vicuñas...» Entre ellos, «Doña Leonor de Vasconcelos, bellissima española y viuda de Alonso Yañez, el decapitado por el Corregidor del Potosí, había venido resuelta á vengar á su marido, y ella era la que tan mañosamente atraía á su casa al virey del Perú. Para Doña Leonor era el príncipe de Esquilache el verdadero matador de su esposo.»

Con el achaque de cita amorosa preparó la dama al virey una celada, de la cual por su buen ingenio y el oportuno auxilio de un piquete de alabarderos,

pudo el príncipe escapar y prender á los vicuñas que servían de instrumento á la venganza de Doña Leonor. Pero no conviniéndole que el suceso se divulgase, concedió libertad á estos y perdonó á la hermosa viuda diciéndola:—«Vos, señora mia, no me tomeis por un felon y honrad más al príncipe de Esquilache, que os jura, por los cuarteles de su escudo, que si ordenó reprimir con las armas de la ley los escándalos de Potosí, no autorizó á nadie para cortar cabezas que no estaban sentenciadas.»

»Un mes despues Doña Leonor y los vicuñas volvían á tomar el camino de Potosí, pero la misma noche en que abandonaron Lima, una ronda encontró en una calleja el cadáver de Hortiz de Sotomayor con un puñal clavado en el pecho.»

Z...

PRIESTLEY.

Poco tiempo ha trascurrido desde que se verificó un centenar célebre, uno de esos aniversarios que tienen gloriosísimos recuerdos para una ciencia y que dejan en sus anales profunda é imperecedera huella. El día 1.º de Agosto de 1774 se descubrió el oxígeno, ese cuerpo á quien debe su vivificante poder el aire que respiramos, y por el que se alimenta la brillante llama de un cuerpo en combustion. El nombre de Priestley se encuentra unido á tan precioso descubrimiento, que contribuyó á cambiar por completo la faz de la química y á reconstruir sobre sólido cimiento nuevo lo que se hallaba edificado en arena leve y movediza.

Sepamos algunas particularidades ligeras de su vida.

Una poblacion inglesa, Fieldhead, fué su cuna el 30 de Marzo de 1733, y humildísima familia sus progenitores. Educado en las severas prácticas de presbiteriano culto, le fueron familiares las lenguas sabias, para entregarse más tarde, lleno de fe, á los encantos de las ciencias naturales, y en especial á la física, por la que tuvo decidida y singularísima pasion. Despues de haber lanzado á la publicidad en Warrington diversidad de obras, en el viaje que hizo á la capital de la Gran-Bretaña conoció á Franklin, el cual le infundió ánimo para que diese á la imprenta su obra titulada *Historia de la electricidad*, que le abrió las puertas de la Sociedad Real de Lóndres en 1767.

Se trasladó de Warrington á Leeds, y dividía su tiempo, á la par que en interminables controversias teológicas, practicando experimentos notabilísimos acerca del aire fijo (ácido carbónico), gas nitroso, gas amoniaco, aire ácido vitriólico (ácido sulfuroso), aire inflamable (hidrógeno bicarbonado) y aire

deflogisticado, ó sea el oxígeno, cuyo cuerpo estaba destinado á desempeñar el importantísimo papel de fundador de una ciencia cuyas aplicaciones de día en día son más trascendentales.

Publicó también por entonces una obra titulada *Historia de los descubrimientos relativos á la visión, á la luz y á los colores*, cuyo libro tuvo, á decir verdad, muy excelsa acogida. Pero no sucedió lo mismo con su *Exámen de la doctrina del sentido común*, la *Defensa de la teoría de la necesidad*, su *Historia eclesiástica* y otra multitud de producciones, del dominio algunas de ellas de la filosofía y la ciencia teológica. Contrajo amistad sincera con el célebre naturalista Banks, que formó parte del primer viaje verificado por el capitán Cook, el intrépido navegante que menospreciaba los peligros más inminentes, retando á las embravecidas olas con la frente serena y la tranquila mirada, propia del que está acostumbrado á menospreciar su existencia. Fué también protegido por el marqués de Lansdown, si bien más tarde les separaron las ideas políticas, que por desgracia muchas veces llevan el odio envenenado al mismo santuario del hogar doméstico.

La idea predominanté de Priestley fué la del mejoramiento del hombre, y do quiera se le ofrecía ocasión, lanzaba el anatema contra los que veían el horizonte solo á la distancia para ellos indispensable y tenían egoístas miras. Perseguido, sin embargo, por sus conciudadanos de una manera implacable, se vió precisado á buscar un asilo á través de los mares, y en América todavía no se vió completamente libre de los acerados dardos que la envidia y las malas pasiones le dirigían. Los disgustos de familia que asimismo le asaltaron fueron causa de que su carácter se tornase en áspero y melancólico, y se retirara á solitaria quinta, donde terminó sus días. Allí, contemplando á la naturaleza, sin más compañía que el murmullo producido por el suave céfiro en las hojas de los frondosos árboles que crecen en el ardoroso suelo americano, meditaba sobre su pasado, y veía llegar tranquilamente el fin de sus días, que aconteció el 4 de Febrero de 1804.

Las obras que publicó Priestley, de física, de filosofía y de ciencias teológicas, han sido suficientes para colocar su nombre en la Galería de las celebridades, y que con justicia pase á la posteridad adornado con la corona de la gloria.

El primer cuerpo sobre que practicó sus investigaciones fué el ácido carbónico. Examinó el gas que se desprende en la fermentación del zumo de la uva y observó que la disolución de este gas en el agua aumenta con la presión, por lo cual dedujo que con el empleo de aparatos en que la presión aumentase, pudiera llegarse á conseguir que el agua común adquiriera las propiedades de la de Seltz. De

consiguiente, hay que atribuir á Priestley la primordial idea de las aguas gaseosas obtenidas artificialmente.

También observó que los vegetales pueden vivir perfectamente en el ácido carbónico, llamado por él aire fijo, comunicándole las propiedades del aire vital, cuyos fenómenos tienen lugar tan sólo durante el día, al paso que las sombras de la noche cambian por completo la escena y sucede lo contrario.

Pero entre los trabajos de Priestley, merece el preferente lugar el descubrimiento del oxígeno. Trascurre el año 1771. En las múltiples investigaciones que practicó Priestley se le ocurrió calentar fuertemente el nitro en un cañón de fusil y recoger con esmero el gas que se desprendía, y cuál no fué su asombro al ver que lejos de apagar los encendidos cuerpos, aumentaba rápida y prodigiosamente su combustión, y denominó al punto á este gas *aire del nitro*, constituido por un oxígeno mezclado con el cuerpo que los químicos denominan óxido nítrico. Calificó desde luego el hecho de extraordinario, y profetizó que, colocado bajo la dirección de hábiles manos, llegaría á ser la base de grandes y fecundos descubrimientos, profecía que vió cumplida hasta cierto punto cuando sus trabajos ulteriores acerca de los óxidos metálicos (cales de aquel tiempo), vinieron á derramar resplandor brillante en el oscuro campo de aquella investigación primitiva, si bien es de lamentar que sus encariñadas ideas con la funesta teoría flogística no le permitiesen recoger los ópimos frutos que á sus sucesores les estaban reservados.

Así es que su bellissimo experimento de la descomposición del minio por una serie de chispas eléctricas fué completamente estéril, y el 4.º de Agosto de 1774, tratando de obtener el aire del precipitado *per se*, descomponiéndole concentrando los rayos solares con el auxilio de una poderosa lente, observó muy en breve la eliminación del referido aire, que recogió con extraordinario esmero. Lo que llamó su atención sobre manera, es el rigor y la intensidad con que una luz se quemaba en el gas por este medio producido. Repetido el experimento con el *precipitado rojo* (óxido mercúrico obtenido descomponiendo el nitrato), consiguió idéntico resultado.

Practicó también Priestley experimentos comparativos entre los dos cuerpos denominados óxido mercúrico y minio (plumbato plúmbico), calentando ambos en el foco de un espejo ustorio, y obtuvo el mismo resultado, lo que le confirmó en la opinión de la existencia en el aire de algo parecido á lo que en el nitro había, recordando la opinión del célebre doctor inglés del siglo XVII, Mayow.

Todavía permaneció Priestley cerca de un año

sin conocer la naturaleza del oxígeno, denominándole aire desflogisticado, hasta la aparición del inmortal Lavoisier, faro brillante cuyos destellos comenzaron á manifestarse derribando la caduca teoría del flogisto, para crear la ciencia química que tan alta y tan importante es su misión, estudiando la materia constituyente del átomo que invisible flota el aire, dando á la medicina bien templadas armas con que salir victoriosa en el combate con las dolencias, ó enseñándole al hombre de ley la existencia de un crimen.

Pero si la química ha podido crearse y alcanzar el grado de adelanto que hoy tiene, se debe sin género alguno de duda al descubrimiento del oxígeno, cuya gloria pertenece á Priestley, sin desconocer los merecimientos de Eck de Sulzbach, Cardano, Juan Rey, Roberto Hocke y Mayow, que con más ó ménos certeza entrevieron tan importante cuerpo, según hemos dicho en anteriores artículos. El oxígeno ha sido la pequeña bola de nieve que, descendiendo por la montaña, ha llegado á convertirse en formidable mole. Hoy la ciencia de la vida explica la respiración, esa función que incesantemente nos anima por la importancia del oxígeno; la industria, en multitud de aplicaciones, sigue científicos preceptos que la conducen á maravillosos resultados, cuya realización hubiera sido imposible sin conocer el indicado cuerpo; la serie interminable de composiciones y descomposiciones que tienen lugar en los cuerpos orgánicos desde que empieza hasta que termina su vida, todo se encuentra subordinado al importante papel que desempeña el oxígeno.

El día 4 de Junio de 1772, Priestley descubrió un gas, que él denominó *aire nitroso*, y cuya obtención consiguió tratando el cobre por el agua fuerte, recogiendo cuidadosamente el gas desprendido. Es el cuerpo que denominan los químicos óxido nítrico, puesto que hace notar la propiedad que tiene de adquirir un color anaranjado en contacto del aire atmosférico, no ser precipitable por el agua de cal y comunicar hermoso matiz verde á la llama del hidrógeno. También propuso este gas como un medio de análisis del aire, y asegura haber demostrado una notable diferencia entre el aire de su laboratorio y el puro ambiente que se respira en el campo.

Descubrió Priestley asimismo el gas denominado por los químicos *óxido de carbono*, que se produce, entre otras circunstancias, en la combustión incompleta del carbono, y se fijó mucho en la llama azul con que se quemaba. También obtuvo, por vez primera, el hidrógeno carbonado, aunque lo confundió con el gas hidrógeno, y señaló las más importantes propiedades del nitrógeno, á cuyo cuerpo denominó *aire desflogisticado*.

Tales son, en ligerísimo resumen, los principales trabajos de Priestley. A pesar del trascurso del

tiempo y de lo muchísimo que la faz de la ciencia química ha cambiado desde su aparición, siempre tendrá en su historia una de las páginas laureadas con la inmarcesible corona de la inmortalidad, solamente reservada al genio.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

LA HIDROFOBIA.

El Dr. D. Francisco A. Darder y Llimona acaba de publicar en Barcelona, con el mismo título que encabeza estas líneas, un interesante opúsculo que debemos analizar, puesto que trata de un asunto cuyos detalles y estudios deben generalizarse como medio de precaver y remediar muchos males, especialmente en la época del año en que hemos entrado.

La rabia, dice el Sr. Darder, es una enfermedad virulenta que puede desarrollarse espontáneamente en el perro, zorra, gato y lobo, transmisible por inoculación á los demás animales, caracterizada por un deseo insuperable de morder á todo cuanto le rodea, y ofender con sus armas naturales á la menor excitación exterior.

El específico virulento no conocido hasta hoy, se supone ser elaborado ó tener su asiento en las glándulas salivares y en el moco brónquico, ya que por la mordedura se trasmite al sér que reuna condiciones para su desenvolvimiento.

La rabia no es una enfermedad infectuosa ó transmisible por el contagio propiamente dicho, y si un virus *sui generis* que obra como un veneno, produciendo una excitabilidad patológica, cuya consecuencia es constantemente la muerte.

Dos son los nombres con los cuales se conoce generalmente la enfermedad, ambos impropios, ya que tan sólo representan uno de los muchos síntomas con que se manifiesta. Así la denominación de RABIA no llena ni con mucho su cometido, ya que el estado frenético que parece indicar este nombre, muchas veces deja de presentarlo. HIDROFOBIA, este es el más impropio, pues si es verdad que en algunos casos el animal rabioso huye del agua, á veces la bebe sediento y en otras la lame; pero como en el estado actual de nuestros conocimientos sobre la rabia es difícil hallar un nombre que explique, precise y concrete su naturaleza, el Sr. Darder admite y usa indistintamente las dos expresadas denominaciones.

Tres son los periodos en que puede considerarse dividida la enfermedad; y admitidos por todo el mundo científico. El primero, la *incubación*, no ofrece para el público ningún síntoma que indique la presencia de la enfermedad hasta el segundo,

Este, la *invasion*, está caracterizado por el escozor en la region donde fué mordido el animal, y la tumefaccion de la cicatriz que se había formado. Estos síntomas pasan desapercibidos á la vista del dueño, pero nunca en el tercero.

La *rabia confirmada*, que es el último de los períodos, puede dividirse en dias, pero como varía muchísimas veces, el Sr. Darder se limita á reseñarlo desde su aparicion hasta la muerte. Inapetencia; inquietud extremada; tendencia á buscar los lugares oscuros. Algunos de los atacados lamen el agua, otros la beben sedientos, á los más les causa horror así como todo cuerpo pulimentado: en este estado todavía conocen y obedecen á sus dueños. Todo esto es casi invariable en su primer dia.

En el segundo dia el cuadro sintomatológico se agrava, la inquietud se trasforma en una série de movimientos desordenados; sus ojos centellean; muerde ya todo lo que se le pone delante; huye si tiene proporción de hacerlo; su paso es ligero; su mirada sombría, bajas las orejas, caída la cola, mordiendo al paso lo que tan sólo es un obstáculo á su precipitada carrera.

Los perros que encuentra en el tránsito huyen como si instintamente conocieran el daño que el hidrófobo puede causarles, y nunca el rabioso trabala lucha cuya duracion le interrumpiría su desordenada fuga. Se limita tan sólo á morder, abandonando su presa acto continuo.

Si nada le sucede por el camino, cuando ya el cansancio por una parte y la falta de alimentos por otra dejan sentir sus efectos, entónces los más de ellos, y esto es del tercero al cuarto dia, vuelven á la casa donde habitaban para morir en medio de terribles sufrimientos y espantosas convulsiones.

Si el perro no tiene ocasion de huir de su casa, se esconde, y aunque hay algunos que pierden la voz, en la mayor parte toma un timbre particular muy parecido al aullido de los perros cuando cazan: otros tambien hay que ladran como si no estuviesen enfermos.

El síntoma característico y predominante de la enfermedad, es la introduccion en su aparato digestivo de cuerpos extraños, y en particular los que le sirven de lecho, como son paja, trapos, esparto, etc., etc.

Nunca se prolonga su vida más allá del quinto dia.

En la más completa oscuridad estamos acerca de las causas que originan el desarrollo de la rabia espontánea. En lo que no cabe duda es que los géneros *felis* y *canis* son los que reúnen las condiciones favorables para el desenvolvimiento de aquella enfermedad, sin mediar inoculacion; pero nadie sabe hasta hoy cuáles son los agentes patogénicos.

Los unos los atribuyen á los fuertes calores, dando á ellos grande importancia: otros á las priva-

ciones en absoluto de alimentacion; no pocos á la imposibilidad de satisfacer aquellos animales sus necesidades sexuales, etc., etc.; pero todos establecen sus teorías inspirados por convicciones propias, y ninguna por observaciones prácticas, que son las únicas que podrían tener valor positivo para deducir conclusiones. Bourgelat, y más tarde Magendie, sometieron varios perros y gatos á la carencia absoluta de alimentos, y obtuvieron resultados negativos: los animales perecieron todos y á ninguno se le desarrolló la rabia.

Acerca de si ciertas condiciones climatológicas son causa del desarrollo espontáneo de la rabia, las estadísticas revelan lo contrario. En países calientes y en estaciones calurosísimas se presentan en menor número los casos que en los templados.

Muchos han atribuido el desarrollo espontáneo de la rabia al celo de los animales; pero precisamente en aquella época son ménos comunes los casos.

El Sr. Darder publica ocho cuadros estadísticos, de los cuales se desprende que los machos reúnen más condiciones para el desarrollo de la rabia; que la edad del perro más á propósito para contraerla es de uno á seis años; que en cualquier estacion del año puede presentarse la afeccion, y últimamente que los mestizos son los que con más facilidad la padecen.

El instrumento en virtud del cual se efectúa la inoculacion, es el diente del animal rabioso; el que hace que se ponga la saliva del mismo en contacto con los vasos absorbentes del ofendido, y sea el agente rábico que se halla entremezclado con aquella absorbido de un modo no muy bien explicado por la ciencia hasta hoy dia.

Ha sido completamente imposible averiguar la cantidad de virus rábico que se necesita para desenvolver la hidrofía, así como las condiciones individuales que la favorecen.

La experiencia ha demostrado en muchos casos que no todas las inoculaciones son seguidas de resultado; muy al contrario, los hechos prácticos de personas autorizadas vienen á confirmar que es una disposicion individual que favorece el desarrollo, y sin la cual no surte efecto la tal inoculacion por más que se haya reiterado muchas veces.

Impotentes han sido todos cuantos esfuerzos se han hecho hasta el dia, escogitando medios para combatir la rabia desde el momento en que se ve confirmada, á pesar de ser en tan gran número los medicamentos preconizados, que rayan á lo infinito.

Desde el momento en que un perro nos muerde y sospechamos que padece la rabia, los primeros cuidados son únicamente relativos á la herida que nos ha ocasionado con los dientes, é impedir, por lo tanto, la absorcion del virus que puede habernos

inoculado con su saliva. Si la herida ó heridas son estrechas y sinuosas, deben desbridarse, lavarse abundantemente y hacerlas sangrar bien. Varias son las aguas que para lo primero se recomiendan, tales como una disolucion de hidrociorato de sosa, ó de potasa, de jabon, de cloruro de calcio ó de sodio; todas las cree el Sr. Darder indicadas al objeto: inmediatamente despues con una esponja se deseca la herida y se procede á la cauterizacion.

Entre los medios de cauterizacion el hierro incañ-descente, calentado al blanco, es el preferido.

La *pedra escorzonera* (asta de ciervo calcinada), del Dr. Estorch, nos puede servir perfectamente para absorber la saliva que el perro ha introducido al herir, por ser un cuerpo sumamente poroso, y si la herida es superficial; pero no se debe, por esto, renunciar á la cauterizacion ya actual ó potencial.

Aconsejan algunos que, despues de formada la escara, se recurra á los grandes vejigatorios para procurar una abundante supuracion que se sostendrá por espacio de algun tiempo, é interiormente los medicamentos difusivos y sudoríficos, ejercicio y una alimentacion tónica.

Los animales mordidos se tendrán en observacion por espacio, á lo ménos, de 40 dias.

Bastan estas ligeras indicaciones, que extractamos del opúsculo del Sr. Darder, para que se comprenda la importancia de este estudio y su utilidad.

CRÍTICA LITERARIA.

SALIVILLA, NOVELA DE COSTUMBRES POR D. ANDRÉS RUIGOMEZ.

Son varios los escritores que han censurado la novela como entretenimiento, y varios tambien los que la han anatematizado como enseñanza.

Unos y otros tienen razon, en nuestro concepto, y es preciso, por consecuencia, que la novela de pura imaginacion sea esencialmente moral en su fondo, en su forma dispositiva, en sus detalles todos y en todos sus accidentes para que no merezca nuestra censura de desaprobacion; y es necesario igualmente que la de tendencia instructiva sea tan arreglada á la verdad, lo mismo en historia que en ciencia, en descripcion de costumbres como en pintura de caracteres, que ya más sea imposible, para que no alcance nuestro anatema condenatorio.

Contra los moralistas que vituperan el género novelesco se expresa algo duramente el Sr. Ruigomez en el compendioso y breve prólogo del libro de que nos vamos á ocupar; y á fe que si las calificaciones con las cuales agasaja á los detractores de

la novela el autor de la titulada *Salivilla* procediesen de otro publicista á quien no me ligaran los lazos de buena y dulce amistad que á Ruigomez me unen, habria de rechazar aquellas con la propia acritud que en su proemio emplea el discreto novelista.

Por fortuna, entre amigos pronto se olvidan las diferencias y hasta las recriminaciones todas; y una vez consignado que en el prólogo de una novela no sientan bien ciertas disertaciones de que pudiera decirse adjudican á la parte el carácter de juez, pasemos á tratar del nuevo libro del festivo autor de *Silvestre del Todo*.

La novela *Salivilla* pertenece, como en su misma portada se anuncia, á la llamada de costumbres; es decir, á la que tiene por objeto la descripcion de tipos y de costumbres; y el propio objeto se realiza de un modo admirable en dicho libro, porque la de los tipos así principales como secundarios que en él figuran se ejecuta con gran esmero, y la de las costumbres seguidas por los personajes del drama desarrollado en *Salivilla* no desmerece de aquella en punto á exactitud pictórica, acumulacion de incidentes, ordenacion de episodios y buena y perfecta trabazon novelesca.

No es la citada novela de esas cuyo interés está en estrecha union con el protagonista de la obra. *Salivilla* el granuja ó «guripa», personaje principal segun el título del libro, juega papel secundario en la trama dramática de la novela, porque no se ve al hijo de la linda Margarita y del desgraciado Joaquin comprometido en lances extraordinarios, en situaciones tan difíciles como otros de los personajes que en la accion novelesca intervienen; sino que más bien se le pinta con bien entonados colores, en el libro de Ruigomez, como retrato típico y no cual figura saliente de un cuadro de difícil y complicada composicion.

Margarita, la joven, la interesante Margarita, y el Sr. Pepe, ó sea, por otro nombre de guerra, el Chato, se hallan, en cambio, en interesantes y dramáticas situaciones, como la misma madre de Margarita y el odioso amigote del Chato, Lagarta, en que no se halla el recluta Joaquin (a) *Salivilla*.

La gradacion de interés está bien entendida en la novela, y la coordinacion de los accidentes con habilidad dispuesta, comenzando por excitar aquel, merced á la feliz colocacion ó distribucion de estos, y sabiendo irle haciendo aumentar luégo, se termina la obra cuando, excitado ya en grado superior, es forzoso llegar á un desenlace inmediato para que la novela sea de regulares proporciones.

Donde el talento del más perspicuo observador luce grandemente en el libro *Salivilla* es en la habilísima manera de pintar figuras aisladas y cuadros de costumbres determinadas.

La precision con que Ruigomez diseña los tipos populares se advierte á primera vista, no ya leyendo todo el trabajo, sino sólo cualquier parte de él en que se haga la fotografia de un personaje de los diferentes que en *Salivilla* desempeñan papel sobresaliente. Y así tambien como el buen retratista demuestra serlo al bosquejar no más un retrato, Ruigomez evidencia serlo hasta pintando á grandes rasgos y con cuatro frases descriptivas un tipo insignificante en la trama de la novela.

Otro de los puntos que más arriba van indicados como bastantes para hacer colocar á envidiable altura al Sr. Ruigomez entre los mejor acreditados novelistas, es la produccion literaria de cuadros de costumbres.

Escenas hay en *Salivilla* de tal perfeccion, que en nada las aventajan las más diestramente ideadas y sabidas narrar por los grandes y renombrados novelistas extranjeros, Eugenio Sué y Victor Hugo, Cárlos Dickens y Fenimore Cooper.

Y he citado esos cuatro nombres de intento, porque Margarita con su belleza y sus desgracias es tan interesante como las jóvenes doncellas de una de las más populares novelas de Sué—*Los misterios de Paris*,—la Guillabaora y Luisa Morel y otras no ménos simpáticas; porque el aislamiento y soledad en que vive D. Jerónimo y donde nace el amor del antiguo maestro de escuela por la bella Margarita, recuerdan la soledad y aislamiento de Claudio Frollo y su amor por la graciosa bailadora conocida por la Esmeralda en la popularísima composicion de Hugo *Nuestra Señora de Paris*; porque las escenas populares de Madrid no las pinta con menor exactitud Ruigomez que la empleada por Dickens en la narracion de las del pueblo bajo británico, y porque la parte descriptiva en ciertas escenas de la obra se halla al propio nivel del en que como paisista se halla Cooper mismo.

Una semejanza he de señalar aún que sin duda alguna debe hacer creer que Ruigomez ha estudiado con atencion al poeta frances á quien se deben *Han de Islandia* y *El 93*, porque tambien es grande el recuerdo que en el ánimo del lector despierta el pilluelo madrileño Salivilla de la novela de este nombre, con el pilluelo parisien Gravoche de *Los Miserables*.

Es tal su semejanza en infinitos detalles, que en mi opinion Ruigomez concibió la idea de escribir su novela aquí comentada buscando analogías entre algun granuja á quien casualmente viese echando las cartas para ver quién acertaba tal ó cual, ahí por los alrededores de la antigua Plaza de Toros, ó cualquier otro con quien topase viéndole comer las miserables sobras del rancho correspondiente á los soldados del cuartel de la Montaña, y el citado personaje de la acreditada novela del publicista frances

que tan al vivo caracteriza al probable futuro criminal y al positivo actual delincuente.

Quien haya leído ya la festiva y chispeante produccion de *Si vestre del Todo*, comprenderá, sin la más mínima dificultad, que *Salivilla* es una obra con mucha gracia; y quien tenga idea de otras producciones que en periódicos, revistas, libros escritos en colaboracion con otros ingenios (ó faltos de genio) ó por sí sólo ha dado al público Ruigomez, no extrañará tampoco que yo diga que este escritor es uno de los que hoy demuestran facultades mejor organizadas y dispuestas en su imaginacion para cultivar un género que, aunque sea poco de mi agrado, deleita y mucho á otro linaje de lectores, no escaso en número por cierto.

No es posible copiar todo lo que como muestra de la gracia que en el libro resalta quisiera trasladar aquí; tampoco trascribir los períodos admirablemente y con gran talento de observacion escritos que podrían testimoniar mejor que mis palabras del mérito del escritor novel aún y ya muy acreditado no obstante.

En la dificultad de satisfacer mis deseos por temor de alargar en demasia este artículo, dejaré sin embargo consignado que cuanto va dicho parecerá tal vez exageracion á quien no conozca el libro, en lo cual yo nada pierdo, puesto que, sin comparar artículo critico y obra criticada, no es posible juzgar de una ni de otro; y que los que hayan leído la novela de Ruigomez comprenderán su mérito, cuando el que como yo no es partidario del género, no vacila en decir á los aficionados á él: «mejor haríais en leer historia, ó narraciones de viajes; pero si estais decididos á leer novelas, leed, y no de las últimas, las de D. Andrés Ruigomez.»

E. DE CORTÁZAR.

CRÓNICA GEOGRÁFICA.

VIAJE AL ÁFRICA ECUATORIAL

POR LOS SEÑORES

MARQUÉS DE COMPIEGNE Y M. MARCHE.

El viaje de exploracion emprendido en 1872 por el marqués de Compiègne y M. Marche, muchas veces suspendido por las enfermedades, y bruscamente interrumpido en 1874 por un ataque de los canibales, los cuales mataron una parte de la escolta, no dejó de dar excelentes resultados para la historia natural, pues los dos sabios enviaron á Francia 150 mamíferos, entre ellos cinco gorillas y varios chimpanzés, koolokamba, etc., y más de 1.200 aves pertenecientes la mayor parte á especies raras ó desconocidas.

Respecto á la geografía, han extendido mucho los linderos de los países explorados en las márgenes del Ogooue, resultado importantísimo, si se tiene en cuenta la insalubridad del clima y las dificultades del transporte, aumentadas por la necesidad de llevar muchas mercancías europeas, destinadas á satisfacer la avaricia de los soberanos indígenas, tan numerosos como las aldeas más pequeñas entre Mpongwe y Bakaláis, y en general en toda el África ecuatorial.

Con excepcion del rey Dionisio, anciano casi centenario, condecorado con la cruz de la Legion de Honor y con la de la orden pontificia de San Gregorio, y honrado por la reina de Inglaterra con un guarda-ropa tan numeroso y deslumbrador como el de un tenor de la legua, y del rey Jorge, recientemente muerto, el cual, rico de esclavos y autoridad, tenía considerable influencia en los negocios de su país, ninguno de los otros *oga* ejerce en su pueblo un poder efectivo ni son jefes de tribu.

Como sus súbditos, emplean su inteligencia, ó, mejor, su habilidad de ex-negreros, pues no existe la trata, y de ex-corredores, porque hay factorías, en ser intermediarios principalmente para buscar los medios de robar cuanto más pueden á los negociantes que los emplean, en seguida para especular vergonzosamente con los encantos de sus mujeres, y despues para mendigar rom y tabaco de todos cuantos los visitan, adquiriendo por tales medios una fortuna considerable, pues su adquisicion sólo consiste en recibir.

Uno, cuya fotografía ha traído el marqués de Compiègne, es muchas veces millonario, merced á su avaricia sordida, instinto en él dominante sobre los demas; está casi libre del alcoholismo, pasion allí dominante, y tiene una vanidad inmensísima, plaga muy comun en Mpongwe, pues aun cuando el habitante de aquel país es negro como el ébano, no quiere serlo, y se encontraría muy humillado si se le confundiera con un Bakalés, un Bulu, un Pahuin, y hasta un Gallés, y os dirá *yo soy Mpongwe* con igual orgullo que el ciudadano romano pronunciaba en otros tiempos su famoso *ego civis romanus sum*. Se viste á la europea, pues aun cuando desdeña el pantalon y los zapatos, jamás sale sin un sombrero viejo, una camisa de color, una corbata azul ó encarnada y un gran gaban.

Las mujeres son relativamente graciosas; tienen los ojos muy expresivos, y los piés y las manos pequeñísimos; su belleza es muy celebrada en todo el interior, en cuya comarca dan el tono á la moda, sobre todo por su complicadísimo peinado, llamado casco Mpongwe, en forma de triángulo con un bucle encima y otro en cada ángulo. Las mujeres Galesas, cuyos recursos capilares son medianos no más, suplen la falta con cabellos postizos pegados

casi uno por uno á una pasta formada de arcilla aserrin de cierta madera olorosa y aceite de palma, cimiento del edificio de su peinado, al cual tiñen de encarnado ó amarillo las más elegantes.

Trabajo tan grande necesita la ayuda de una ó más compañeras, que se sustituyen durante la plantacion de los cabellos, mientras la peinada permanece echada boca abajo muchas horas. Compréndese con esto cuán poco frecuente será el peinado de las Galesas, el resto de cuya *toilette* consiste en multitud de anillos de hierro ó de cobre puestos en las piernas y los brazos. Idénticos atavíos usan las Mpongwe, llegando su vanidad al delirio.

Cuando un Gabonés posee algo, lo cambia por un manojo de llaves, las cuales lleva al cuello y como más se vean, para hacer creer que posee baules; si tiene baules, los pone donde más se vean, para hacer creer que guardan muchas cosas. Su ambicion consiste en ser rico, y ser rico es tener muchas mujeres, mucho rom y un sombrero muy alto, pues nuestro feo *cañon de chimenea* es emblema aristocrático en el Africa ecuatorial, hasta el punto de ser señal de realeza entre los Galeses, y como la corona de N'Combe, si bien adornado con un inmenso sol de oro, cuyo adorno ha proporcionado á tan grotesco potentado el título de el rey Sol, título vacante desde Luis XIV.

Este rey Sol es uno de los más conocidos del Ogooue, y sin duda alguna el más simpatizador por los europeos, habiendo comprendido tan bien cuánta utilidad reportan él y sus súbditos de acoger bien á los blancos, que, no contento con ser su aliado, ha adquirido la naturalizacion francesa para sí y todo su pueblo por el tratado hecho en 1872 con el almirante Dr. Quilio, á pesar de cuya naturalizacion es el monarca más risible que puede imaginarse hasta para una pieza bufa.

Viste una bata de muselina escocesa galoneada de negro, constantemente desabotonada para permitir ver su blanca camisa llena de constelaciones de gruesos diamantes tallados en Hamburgo, y adquiridos allí á dos sueldos cada cinco; muy poco pantalonado con un paño encarnado excesivamente corto, pero cubierto con el famoso sombrero del sol de oro, lleva por *stick* un baston de tambor mayor. Su vanidad, algo mitigada por continuas carcajadas, base elemental de su conversacion, es igual á su pasion por el alcohol, y ésta es tan poderosa, que le hace quitarse el sombrero delante de un vaso de rom, y le obliga á aguantar sin decir nada un puntapié en cierto sitio, segun cuenta M. Marche, á cambio de una racion del de 94 grados, cuyo licor el mismo soberano proclama rey de reyes.

Y sin embargo, no es una caricatura completa, ni su jovialidad le impide tener la suficiente inteligencia para haberse casado con más de treinta hi-

jas de otros tantos jefes influyentes de aquel país, con quienes sostienen amistosas relaciones de vecindad muy útiles para disminuir las dificultades de la expedición, desde cuyo cuartel general, establecido en Adalinanalgo, Compiègne y Marche, verificaron expediciones á los lagos Z'Onaque y Oquemuen, y penetraron más allá de los establecimientos de los Bakaleses, únicamente separados de los Pahuinos por el río Ogooue, yendo hasta Okota, á tres jornadas, en piragua, de San Quita.

Más léjos hubieran llegado si los Osyeba, canibales más feroces aún que los Pahuinos, y sobre todo más enemigos de los blancos, no les hubieran cerrado por la fuerza el paso del río Ivindo.

Estas nuevas etapas en las tierras desconocidas, estas adiciones al mapa del Africa ecuatorial, estos nuevos jalones servirán á los futuros exploradores para llevar hasta el centro la civilización europea.

O. TENAUD.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Sociedad Anatómica Española.

LOS MATERIALES DE LA SANGRE.

Señores: Deseoso de ingresar en esta Sociedad, y siendo condición precisa para conseguirlo cumplir con lo prescrito en el caso 3.º del art. 35 del Reglamento de la misma, me veo en la necesidad de elegir un punto científico que sea el objeto de esta Memoria.

Nunca tarea tan penosa se propuso mi ánimo, ni jamás sobre él pesaron tan grandes dificultades.

El vasto campo de las ciencias médicas es inaccesible al poder de la inteligencia humana, causa por la que siempre habrá puntos oscuros que, interesando nuestra curiosidad científica, nos invitarán á seguir hasta el último confin con la antorcha de la razón, para correr el tupido velo que encubre las verdades que constituyen la ciencia. Con los reactivos en una mano, el microscopio en la otra y un constante espíritu de observación, llegaremos indudablemente á coronar la obra de nuestros deseos. Mas, elegir un punto de partida, seguir un predilecto camino, llegar al fin, sorprender el fenómeno, agruparlo á la categoría de verdades, volver al punto de partida y manifestar al mundo científico lo percibido, asunto es bastante penoso, que está reservado á talentos privilegiados y plumas mejor cortadas que la mía.

Pretender decir algo nuevo en la ciencia sublime que cultivamos, quédese para los genios, que idea tal nunca se abrigó en mi mente.

Las muchas opiniones que han motivado otras tantas teorías, han embrollado de tal manera la medicina, que se necesita una muy favorecida memoria para retenerlas y no escasa inteligencia para hacer su crítica.

Pretender navegar en tan revuelto mar de opiniones y teorías; resistir el poderoso embate de sus olas para aparecer flotando despues en superficie tranquila, es un suplicio semejante al del náufrago que, remontado á las nubes por encontradas y poderosas olas, ve un cielo azul que le llena de placer, para ser sumergido despues en la oscuridad de las capas profundas, que le desalienta y desespera. Mas, si como el colmo de su deseo es ganar la costa para encontrar en ella su salvación, este desaliñado trabajo la consigue en vuestra indulgencia, no seré ménos dichoso que aquél, y á tan distinguido favor os estaré reconocido toda la vida.

Conyocad á vuestro ánimo todas las circunstancias á este trabajo, y juzgad luégo las opiniones que sentaré al desarrollar el tema siguiente:

HEMATOPOYÉSIS.

Investigar la génesis de los materiales de ese caudaloso mar del organismo llamado sangre, que, por pequeños riachuelos, se pone en relación con todas las partes del campo orgánico para reparar sus pérdidas, es la tarea que me he impuesto.

La importancia de su conocimiento para darse razón de muchos actos fisiológicos, como asimismo de muchos patológicos, me han determinado á elegirle.

Las partes constituyentes de la sangre están compendiadas en la división general de plasma y glóbulos.

Si se examina al microscopio la membrana interdigital de una rana, se notan corpúsculos que son arrastrados por una columna líquida; los primeros son los glóbulos, el segundo el plasma.

Si se recoge sangre de un animal en un vaso en el que se haya colocado previamente una pequeña cantidad de sulfato sódico, á los pocos momentos hay un precipitado corpuscular formando dos capas, que son los glóbulos, y queda líquido el plasma.

Si observamos en el primer experimento la parte sólida que es arrastrada, notamos desde luégo unos corpúsculos coloreados que forman columna central, y otros incoloros que siguen la periferia, adhiriéndose algunos á sus paredes; los primeros son los glóbulos rojos, los segundos los incoloros.

Si nos detenemos un poco á examinar las dos capas del precipitado corpuscular en el segundo experimento, notaremos que la inferior es roja y la superior amarillenta; la primera está formada por glóbulos rojos, la segunda por glóbulos incoloros.

Segun que se considere la vida intrauterina ó

extrauterina tienen origen los elementos nutritivos en la madre ó en el mundo exterior y en el mismo individuo; de aquí la necesaria división de la vida en dos épocas, intrauterina ó dependiente, y extrauterina, que se dice independiente.

Con los tres párrafos que anteceden queda trazado el itinerario que he de seguir en la exposicion de este asunto, que será el siguiente:

HEMATOPOYESIS.	{ Del plasma.....	{ En la vida intrauterina.	
		{ En la vida extrauterina.	
	{ De los glóbulos.	{ Rojos.....	{ En la vida intrauterina.
			{ En la vida extrauterina.
{ Incoloros.		{ En la vida intrauterina.	
		{ En la vida extrauterina.	

En el momento que el tejido matriz del ovario da origen á una célula llamada despues vexicula de Graaf, se establece una irritabilidad funcional en aquel punto que determina la afluencia de jugos nutritivos cumpliendo las leyes vitales. El organismo celular se hipertrofia, rompe la túnica que le aprisionaba, pasa á la trompa, allí sorprendido tal vez por la célula vibrátil del esperma, que bien atravesase sus capas ó penetre por el micrópilo de Keber, se liqua y aumenta la irritabilidad funcional de esa célula, sigue aumentando de volumen, la mucosa uterina en prevision de su funcion se hipertrofia y arruga, alojando en uno de sus pliegues al óvulo donde verifica las evoluciones sucesivas.

La membrana vitelina tomentosa en su superficie externa se pone en inmediata relacion con la mucosa uterina, sigue la afluencia de jugos nutritivos á aquel punto que se ha hecho asiento de esa nueva funcion, el óvulo es rodeado por la caduca; en este estado la membrana blastodérmica se divide, fórmasse el amnios que establece nuevas relaciones, es sustituido por la vexícula alantoides, aparecen los vasos alantóideos, despues umbilicales, atrofianse progresivamente las vellosidades del corion, y viene por último el periodo placentario al tercer mes, en el que permanece hasta su expulsión del claustro materno.

Este ligero bosquejo de las evoluciones del sér en la vida intrauterina son bastantes para considerar en ella tres periodos, vitelino, umbilical, y, por último, el placentario. En ninguno de estos periodos tiene el sér relaciones inmediatas con la madre. En el periodo vitelino se establecen por los filamentos ó vellosidades del óvulo, y más tarde concurre á estas la hoja externa del blastodermo. En el periodo umbilical además de las dos membranas intermedias en el anterior periodo, la vexícula alantóides penetra en las vellosidades del corion. Última-

mente, las vellosidades se atrofian, se recogen á un punto, se alarga el pedículo de la vexícula alantóides y queda formada la placenta que es el órgano de respiracion y nutricion del feto, cambiando por este medio sus materiales con la madre, que son conducidos por la vena umbilical á la porta, supra hepática, cava inferior, al corazon, y de éste á la aorta que la lleva á la periferia, volviendo por las arterias umbilicales á verificar la osmósis en la placenta.

Vistos los periodos de evolucion fetal; vistas tambien las relaciones que sus membranas limitantes establecen con la madre, y considerando, por último, que nada puede llegar al feto que no atravesase ántes los obstáculos intermedios, se deduce que las leyes físicas de difusion y diálisis son las que se eumplen al renovarse el plasma sanguíneo en la vida intrauterina.

Llega la época en que el feto rompe las relaciones con la madre, sale al exterior y principia una vida autónoma, momento desde el cual cambian las condiciones del plasma. Ya no existe aquella madre por cuyo medio se alimentaba, ya no vive por ella, el plasma de su sangre no es el mismo; es preciso, pues, que se genere de otra manera.

Un elocuente vagido anuncia las funciones de aparatos enteramente paralizados en el claustro materno, vagido que tal vez es la protesta de haber sido arrojado de aquel medio de temperatura constante, de nutricion copiosa, de vida feliz, en fin, á este de miserias, donde todo tiende á la destruccion, la muerte del individuo.

Sin embargo, es muy elocuente, pues que inicia el cambio incesante con el mundo exterior.

El aparato pulmonal plegado, sin funcion alguna en el claustro materno, se distiende al penetrar el aire en sus celdillas, habiéndose establecido la respiracion desde ese momento. Es el primer cambio que el nuevo sér verifica con el medio exterior.

Una de las primeras manifestaciones instintivas es el hambre, sensacion que indica la necesidad de reparar las pérdidas ocasionadas por las combustiones orgánicas que se han establecido tan luégo como principió la funcion respiratoria. El niño anuncia por medio del llanto la necesidad de ingerir alimentos en su tubo digestivo; llanto elocuente, que interpretado por la madre corre solícita á satisfacer cumpliendo su sagrada mision. El niño cesa de llorar, y trémulo y con avidez aplica sus tiernos labios, hace la succion y desde este momento se establece una corriente de néctar azucarado desde la mamas á su estómago, punto de donde han de partir los materiales que reponen las pérdidas ocasionadas por gasto en los elementos orgánicos.

El medio exterior ha reemplazado á la madre y el

tubo digestivo á la placenta. Del medio exterior toma todo cuanto necesita para su sosten, de aquí las sensaciones de hambre y sed que impulsan al individuo á cumplir con la imperiosa ley de conservacion. El tubo digestivo es el cauce que por estrechos y nudosos tubos se comunica con el de riego llamado torrente circulatorio, reparando la parte suficiente invertida en la nutricion orgánica.

En condiciones fisiológicas toda sustancia que se encuentre en la sangre debe suponerse haber ocupado ántes el tubo digestivo, ó atravesado el parénquima pulmonar; mas como todo lo que en aquel entra, como lo que se osmosa en el segundo, procede del exterior, se deducen las fatales relaciones del individuo con dicho medio, sin cuyo cumplimiento sería imposible la vida, como es imposible la integridad de un organismo celular sin el comercio con el medio interno.

Ingiérese generalmente en el tubo digestivo mayor cantidad de alimentos que la necesaria para reparar las pérdidas. Los elementos nutritivos son absorbidos en mayor cantidad que pueden gastarse, resultando un aumento de nutricion cuya manifestacion objetiva es la obesidad. Los elementos anatómicos producidos con exceso se acumulan entre las areolas del tejido celular formando verdaderos panículos de gordura.

Este tejido de relleno es un almacen de sustancias nutritivas del que pueden tomar los órganos cuanto necesiten en casos que no sea posible surtirse de las vías digestivas. La prueba de ello es que si una de esos sujetos obesos es atacado de una enfermedad aguda, cuya alta fiebre es testimonio de las grandes combustiones que tienen lugar, al terminar se le ve enflaquecido, disminuido en peso y volúmen, ofreciendo su piel numerosas arrugas. Todo es debido á que no penetrando por el tubo digestivo sustancia alguna que repare las pérdidas del humor sanguíneo, ese tejido de relleno se liqua, y reabsorbido por los vasos linfáticos es conducido por estos al torrente circulatorio para servir de pasto á las oxigenaciones que han de dar por resultado la integridad fisiológica del individuo.

Todo lo dicho viene á probar que no todas las sustancias que entran por el tubo digestivo y se vierten por los linfáticos y quilíferos en el torrente circulatorio se gastan en reparar las pérdidas, si que tambien se activa la proliferacion de algunos elementos anatómicos dando lugar á ese depósito de reserva, prevision sabia de la naturaleza para hacer frente á los estados patológicos, verdaderos cataclismos á que está expuesto constantemente el individuo.

En la vida intrauterina se diferencian los glóbulos (principalmente los rojos) de los del adulto, 1.º por su procedencia, 2.º por su mayor volúmen, 0^{mm},008,

y 3.º por tener todas las partes de una célula completa.

Al tratar de la génesis del plasma en esta época de la vida, quede sentado no haber comunicacion inmediata entre el feto y la madre, sino mediante la placenta, por lo que no puede suponerse que los glóbulos procedan de la madre. Si este aserto ofreciese alguna duda, basta considerar los caracteres diferenciales entre los glóbulos de la madre y los del feto, y desde luego se tendrá el convencimiento de que se generan dentro del último. ¿Dónde, en qué parte se generan estas células ambulantes? Es opinion algun tanto autorizada que proceden de segmentaciones que sufren los epitelios que revisiten la cara interna de los vasos. Cada uno de los organismos celulares ambulantes contiene variado número de músculos y cada uno de estos representa un nuevo organismo que se segmenta despues, proliferándose de esta manera durante la vida en el claustro materno.

Tambien al tercer mes de la vida intrauterina se ha desarrollado una glándula linfoide que se atrofia despues de la vida independiente á la par que se desarrolla el bazo; y como este ejerce una grande influencia modificadora en los glóbulos sanguíneos, es científico suponer que tambien desempeñe el timo alguna importante funcion, de que aún no se ha dicho lo bastante para poder presentarlo como un hecho sancionado por la observacion y la experiencia.

Las notables diferencias ya dichas respecto á los glóbulos, bastan para suponer, con fundado motivo, que los glóbulos no se generan en el adulto de la misma manera que en el feto, ni en el mismo punto. En esta edad los glóbulos son ménos voluminosos, 0^{mm},001 á 0^{mm},005, no tienen membrana de cubierta y sólo los incoloros suelen tener de cinco á siete nucleolos.

¿Cuál es el origen del glóbulo rojo, segun la génesis celular que hoy se admite? Todos están conformes en considerarle como una trasformacion del incoloro. ¿Lo están así acerca de la manera como se produce ese cambio? Al hacerse esta pregunta se agolpan las teorías y las opiniones, como testimonio de no haber dicho la ciencia la última palabra arrancada al calor de la experimentacion que es la *verdad*. Quién supone que las sustancias albuminóideas del glóbulo incoloro por la accion del O de la respiracion tornan la negacion de los colores por el rutilante rojo: quién que estas mismas combinadas (mezcladas íntimamente, segun otros) con el hierro de los alimentos al estado de protóxido, cambian su coloracion pasando á sesqui-óxido por la accion del oxígeno en el pulmon y trayecto circulatorio por lo muy poco estable del albuminato de protóxido; quién, por último, que las cápsulas su-

prerenales ejercen una gran acción hematógena. ¿Existen datos bastantes para podernos determinar abrazando alguna de las opiniones precitadas? No, en verdad, y triste es decirlo, sólo nos queda una esperanza, la sanción de la experiencia. Por hoy contentémonos con saber que el hierro de los alimentos se combina con el ácido láctico en el estómago, dando por resultado un lactato de hierro; que éste, una vez en la sangre y en presencia de los albuminatos alcalinos, por la propiedad que tiene la albúmina de combinarse con los metales, hay un cambio de ácidos y bases, formándose lactato alcalino y albuminato de hierro. Que analizando la sangre de las venas de las cápsulas suprarenales se demuestra el hierro, que no se encuentra en la de sus arterias en tanta cantidad. Las alteraciones de composición que sufre al atravesar glándulas como el bazo y el hígado; y por último, que haciendo pasar una corriente de oxígeno á través de la sangre contenida en un vaso, toma el color rutilante de la arterial.

Hechos son los citados, de los cuales podrían deducirse algunas consecuencias importantes para la Fisiología; pero por sí solos, ¿son bastantes para darnos una explicación satisfactoria de la coloración roja de los glóbulos? ¿Conocemos las transformaciones que sufre el albuminato de hierro hasta aparecer la hemoglobina? ¿Atribuiremos á las cápsulas supra-renales esa pretendida propiedad hematógena? La acción del oxígeno, ¿será bastante para producir esa transformación de coloración del glóbulo sanguíneo? ¿De qué manera obra éste sobre la materia albuminóidea de las capas condensadas en la periferia del glóbulo? Preguntas son estas que constituyen otros tantos problemas que están por resolver.

No creo del todo inútil esta digresión, pues que en las ciencias, cada duda es un problema que contado ante talentos educados, puede ser causa para separarlas del ánimo del que las imita, una vez resueltas por esas preclaras inteligencias.

Al objeto sólo cumple sentar que el glóbulo rojo es transformación del incoloro, y como esto nada nos dice de su origen, lógico es trasladarnos á investigar el del glóbulo incoloro.

Los vasos linfáticos son los encargados de llevar á la sangre el complemento necesario, tanto de los glóbulos como del plasma. La linfa contiene glóbulos que, examinados al microscopio, presentan caracteres idénticos á los incoloros de la sangre, de manera que trasladamos la cuestión á averiguar el origen de los glóbulos linfáticos.

La anatomía de los vasos linfáticos nos suministra el concepto de su origen por fondos de saco, lagunas y capilículos, y no por boquillas absorbentes como en otra época se suponía. Los glóbulos no

pasan á través de la capa epitelial (única que les constituye en su origen), según opinión de algunos anatómicos, y probado está por las vivisecciones practicadas al efecto, que sólo pasan las grasas emulsionadas en su origen intestinal, y en las demás regiones donde toman origen, al estado líquido. Teniendo en cuenta los anteriores datos anatómicos, se deduce que se generan en su trayecto, puesto que, examinando la linfa en el conducto torácico, se ve ya un gran número de glóbulos incoloros.

En el trayecto de los vasos linfáticos hay unas nudosidades llamadas ganglios, cuya estructura ha originado algunas controversias. Los antiguos suponían que el vaso aferente se arrollaba formando una madeja, de la que resultaba el eferente; mas hoy está fuera de duda, y en ello convienen anatómicos eminentes, que el vaso aferente se ensancha al llegar al ganglio, y se estrecha para dar lugar al eferente; que están formados de tres túnicas, la exterior de naturaleza conjuntiva, la media fibrosa y la interna epitelial; que la fibrosa forma redes, especie de travéculas cuyos espacios son pequeñas lagunas de linfa en contacto con multitud de corpúsculos celulares, procedentes de la segmentación de las que constituyen la capa epitelial. Estos datos anatómicos son bastantes como antecedentes que han de legitimar la consecuencia.

Si examinamos la sustancia que conducen los quilíferos, sólo encontramos algún leucocito, y cuando el animal ha tomado alimentos muy abundantes en sustancias grasas, una gran cantidad de globulines de grasa. Si la examinamos cuando ha atravesado una serie de esas mucosidades, y principalmente en el conducto torácico, encontramos un gran número de glóbulos incoloros. ¿Qué se deduce de todo esto? Que los glóbulos incoloros se generan en el trayecto linfático; que el punto de procedencia son los ganglios, y por último, que estos en suspensión en la linfa en los espacios areolares de los ganglios son arrastrados por ella, pasando á través de las travéculas en virtud de su propiedad vital.

Algunos suponen que los globulines de grasa que son absorbidos del tubo digestivo, llegan á los ganglios y paulatinamente van aumentando de volumen, dando después lugar á que sus caracteres sean los mismos que los del glóbulo incoloro. Pretensión es la citada que no puede ser admitida ni tiene carácter alguno de verdad; pues la célula de grasa nunca se confunde con la epitelial, además de sus caracteres físicos que bastan para distinguirlos por ser de mayor volumen los glóbulos incoloros que los gránulos grasientos.

¿Los glóbulos incoloros se generan exclusivamente en los ganglios linfáticos? Hay un principio

biológico que dice: «La acción especial de una glándula depende de la naturaleza y disposición de las células glandulares.»

Hay varias glándulas en la organización humana que llevan el adjetivo de *lanfoides*, según unos, *vasculares*, según otros; tales son el bazo, el hígado, timo, glándula tiroideas, cápsulas suprarrenales, folículos intestinales y las placas de Peyero. Si se examina la estructura de todas estas partes, se encuentra la misma disposición en sus células y se ven ser de idéntica naturaleza. Partiendo de estas premisas, se deduce que su función ha de ser idéntica. ¿Quién duda que existe una invariable relación entre la estructura y situación de los órganos con la función que desempeñan? ¿Quién, que los órganos de estructura análoga desempeñan análogas funciones? ¿Quién, que los de estructura idéntica tienen también funciones idénticas? ¿Quién, por último, que la situación de un órgano nos dice mucho respecto de su función?

Dice otro principio biológico: «Las glándulas siempre deben las cualidades esenciales de su acción al desarrollo y á las transformaciones de elementos epiteliales.» Dedúcese lógicamente del anterior principio, la verdad de la afirmación de que los glóbulos incoloros que se generan en los ganglios son procedentes de la célula epitelial, y además que en los órganos citados también se producen de la misma manera.

Estas deducciones lógicas ante el examen de la razón, ¿han sido sancionadas por la experiencia? La observación, ¿ha recogido algún dato que por sí solo baste para conocer su función?

Partiendo de un principio de fisiología que dice: «Al mayor desarrollo de un órgano corresponde el de su función,» se han adquirido algunos datos que hacen alguna luz respecto de las funciones de las citadas glándulas. Hay casos patológicos que consisten, ya en una hiperplasia de las células, ó en una hipertrofia; veamos, pues, qué ocurre en su funcionalidad propia. En la hepatitis, esplenitis, el cólera, el bocio, etc., cuyas lesiones se encuentran respectivamente en el hígado, bazo, placas de Peyero, glándula tiroideas, etc., se encuentran aumentados en número los glóbulos incoloros de la sangre, hay una verdadera leucocitosis patológica. También en el paludismo se encuentran infartados en el hígado y el bazo, y sabemos que está caracterizado por el aumento de glóbulos incoloros de la sangre. Se deduce lógicamente y de una manera científica de los hechos citados en comprobación del principio biológico, que estos órganos son generadores de esos organismos ambulantes.

Sin embargo, el examen del hígado, su color, la composición química de su pulpa, como asimismo la del bazo, me sugieren dudas que yo no me atrevo

á afrontar de una manera directa. Las cápsulas suprarrenales tienen también una función dudosa, puesto que hay quien las cree un órgano cromatógeno, diciendo haber notado su atrofia en la enfermedad de Adisson.

- Reasumiendo digo:

1.º Que el plasma en la vida intra-uterina se origina en la madre, pasando al feto en virtud de los actos físicos de difusión y diálisis.

2.º Que en la vida extra-uterina ó independiente el plasma sanguíneo se genera en el tubo digestivo, habiendo además un depósito de reserva que es el tejido célula-adiposo.

3.º Que los glóbulos en la vida intra-uterina son procedentes de segmentaciones que sufren los epitelios que revisten la cara interna de los vasos.

4.º Que los glóbulos no se generan de la misma manera en la vida independiente, edad adulta, que en la fetal.

5.º Que el glóbulo rojo es la transformación del incoloro.

6.º Que los ganglios linfáticos, el bazo, el timo, la glándula tiroideas, los folículos intestinales y las placas de Peyero, dan origen á los glóbulos incoloros.

7.º Que deducciones lógicas y la autoridad de respetables autores me obligan á sentar el anterior concepto de una manera terminante.

8.º y último. Que aún cuando la razón me indica la probabilidad de que desempeñen igual función el hígado y las cápsulas suprarrenales, como asimismo opiniones de autores respetables, no creo existan bastantes datos para sentar definitivamente su función hematopoyética.

Concluida la exposición del asunto que me propuse, tratados algunos puntos muy á la ligera por no permitir otra cosa trabajos de esta índole, réstame sólo, para terminar mi cometido, manifestaros el sentimiento que me llena por haber separado vuestra atención de cosas que más valen, hácia este tan mal bosquejado panorama científico; que sólo es mi deseo contribuir con el óbolo al holocausto científico, y, por último, mostraros el más sincero reconocimiento á la alta honra que me haceis admitiéndome entre vosotros.

He dicho.

CASIMIRO LOPEZ OLIVA Y MORENO.



UN PASEO POR MARRUECOS.

I.

SALIDA DE ESPAÑA.—GIBRALTAR, ESPAÑA É INGLÁTERRA.

—UNA IDEA PATRIÓTICA.—LA ANULACION DE GIBRALTAR.—GIBRALTAR ANTE LA HISTORIA, LA DIPLOMACIA Y LA POLÍTICA, POR D. FRANCISCO M. TUBINO.—A TANGER.

Gibraltar 12 de Julio de 1873.

Sr. D. Eduardo de Medina.

Querido amigo: En cumplimiento de la promesa que hice á usted cuando en Madrid nos despedimos, voy á darle cuenta detallada del curioso viaje que he emprendido, empezando por esta ciudad, cuyos muros limitan por este lado el poder de España.

Hace cuatro dias nos dimos el último apretón de manos en el andén de la estacion de Atocha, y llevado en alas del vapor, sin descarrilar ni ser robado, llegué á Cádiz por la noche. Ayer, á las seis de la mañana, me embarqué en el *Adriano*, y á las tres de la tarde me instalaba en el núm. 9 de la fonda Española, situada en la calle Real ó *Water port street*, como dicen los ingleses.

Me parece que no he tardado mucho tiempo en atravesar España ni he pecado de pesado en hacer la descripción del viaje, por más que desde el modesto cerro de San Blas hasta el severo Calpe haya encontrado motivo y áun motivos suficientes para llenar, cuartilla á cuartilla, algunas resmas de papel. Pero como mi objeto es dar á usted noticias de un país del que tan poco sabemos, por más que sus costas se vean desde las de España, empezaré á dar veraz cuenta de mis observaciones desde que en el seno de las aguas ví alzarse la oscura silueta del Atlas.

El dia estaba sereno y tranquilo el mar.

Numerosos buques con sus blancas velas tendidas surcaban el Estrecho, en el cual acababa de entrar el *Adriano*, coronado de humo, soplando y rompiendo las olas como si fuera un monstruo marino.

Una numerosa banda de delfines (*Delphinus delphis*), admirada de nuestro andar, quiso probarnos que ellos nadaban mejor, y rodeando al barco pasaban ligeramente por debajo de él de una á otra banda, dando fuertes resoplidos y prodigiosos saltos fuera del agua.

Al saltar se elevaban una y dos varas del líquido elemento, y entonces podíamos ver bien su grueso cuerpo y redondo hocico terminado en pico plano y puntiagudo, que parece como pegado á los dientes.

A nuestra izquierda se alzaba Tarifa, monumento eterno del ibero valor.

Vivamente iluminadas por el sol, uno de los pasajeros me enseñó las ruinas del castillo de Guzman.

Hubiera querido disponer de más tiempo y haberme detenido allí para ver de cerca aquellas almenas, desde las cuales arrojó Guzman el Bueno el cuchillo que puso fin á la vida de su amado hijo.

La vista de aquellas rojizas murallas, carcomidas por los siglos, me habían impresionado vivamente.

La accion de Guzman fué sublime. Como militar, como ciudadano, merece la inmortalidad que le ha concedido la historia; juzgado por el criterio de la civilizacion, juzgado como padre, su crimen fué horrible.

En frente, la costa de África atrajo mis miradas.

Tánger se dibujaba tendida sobre el cabo Espartel como una hermosa odalisca vestida de oro, reposando en un mullido tapiz de rica estofa y variados colores.

El Estrecho, que por esta parte tiene tres leguas, poco más ó ménos, terminaba bruscamente con Gibraltar y Ceuta, centinelas gigantescos que guardan la entrada del Mediterráneo.

La igual fisonomía de las costas en el Estrecho hace presumir que éste se haya abierto á causa de alguna terrible convulsion de la naturaleza.

De todos modos, la costa de Africa, ruda, pedregosa, despoblada, con su vegetacion salvaje y revuelta como la enmarañada melena de un leon, forma un notable contraste con la española, tan bien labrada, tan llena de pintorescas casas y pueblitos de aspecto oriental, que parecen haber abandonado la opuesta orilla seducidos por la feracidad y belleza de la española.

Así, distraido con los variados y bellos panoramas que tras cada punta descubría, doblamos el cabo Carnero y ví alzarse ante mí, sombrío, descarnado, tieso y frio, como un inglés, al vetusto Calpe, presentando un escarpado vertical por el lado que mira á España, y extendiéndose en poco suave pendiente hasta llegar al mar por el opuesto frente.

Concluido el viaje, cogí mi maleta, salté en un bote y tomé tierra en la famosa donde Hércules plantó sus columnas, y quizás en el mismo sitio en que Tarif arengó á los suyos ántes de quemar sus naves.

¿Qué podré decir á usted de Gibraltar despues de lo que ha dicho D. Francisco María Tubino en su *Gibraltar ante la historia, la diplomacia y la política*?

Todo sería pálido y carecería de novedad.

Tubino coge á Gibraltar desde que el *Akasch* de los Bracmas ó la *Nebulosa* de Herschell empieza á cristalizarse, lo sigue en todas las vicisitudes de su agitada vida y no lo deja hasta 1863. Desde entonces acá nada ha sucedido capaz de alterar la fisono-

mía geológica ó el modo de ser político de la colonia inglesa.

En 1863 quería el Sr. Tubino, y quería bien, que diésemos valor á nuestros puertos vecinos á Gibraltar, disminuyendo las gabelas, molestias y formalidades enojosas para el navegante, tan enojosas que por evitarlas prefiriese ir á Gibraltar, donde todo es fácil; quería que se uniera á Málaga, Ronda y Cádiz por medio de buenas vías de comunicación, convencido de que allí afluirían los ricos productos de nuestro suelo, y que Algeciras, con depósitos de carbon de piedra español, con mercancías propias, sin trabas oficiales, rica en ganados, rica en cereales y en comunicación con toda España, anulara á Gibraltar, anulando al Estrecho.

A todos los partidos, á todos los españoles, se dirigía el autor, y aconsejaba al Gobierno que se fijara en la costa Africano-española, en el Estrecho y en el Campo de San Roque.

A todos aconsejaba que estudiaran las cuestiones que su patriotismo había iniciado, para resolverlas con elevado criterio.

«Entonces, dice, Gibraltar vendrá por tierra, porque Gibraltar ni será un puerto de refugio, ni un gran almacén de efectos comerciales, ni aún siquiera una base estratégica para cualquiera operación contra nosotros. Ceuta y Algeciras lo habrán aniquilado; Ceuta y Algeciras serán las dos rivales que absorberán toda su significación. En ese día Gibraltar no será para Inglaterra más que una carbonera encargada de alimentar las calderas de sus buques de vapor.»

Obtenido este resultado, el Sr. Tubino con sobrado fundamento esperaba que Inglaterra, mirando por sus intereses, admitiera alguna compensación en cambio de Gibraltar.

Desgraciadamente, desde que el Sr. Tubino publicó su libro hemos retrocedido, en vez de avanzar por la patriótica senda que á todos los partidos señalaba.

La existencia de Gibraltar era en extremo precaria, cuando la honda perturbación que se sintió en España en Setiembre del 68 vino á darle alguna vida.

Sin que el gobierno anterior á la revolución hubiera hecho nada para anular á Gibraltar, éste se moría de consunción por la sola fuerza de las circunstancias.

La paz de que gozábamos, produciendo el natural progreso de la industria y el comercio, habían reducido el contrabando á proporciones casi insignificantes, y Gibraltar, cuyo único modo de vivir era el contrabando, se moría de hambre.

Por otra parte, el comercio entre Europa y Marruecos, que siempre se había hecho por mediación de Gibraltar, varió de rumbo y empezó á hacerse

directamente entre los puntos productores y consumidores, privando á Gibraltar de los pingües beneficios que obtenía en su calidad de puerto de depósito.

Un poco de iniciativa en nuestro Gobierno, la construcción del ferro-carril indicado por el Sr. Tubino, y Gibraltar había concluido.

Pero vino la revolución, el contrabando tomó nuevas proporciones, los partidos empuñaron las armas, y sedientos de sangre española, se lanzaron á la lucha, volando nuestros mejores barcos, destruyendo los ferro-carriles, incendiando y saqueando las ciudades, llevando por todas partes el luto, la miseria y la desolación, como si el suelo que destruyen no fuera el que los vio nacer.

Cuando el Sr. Tubino hablaba de Gibraltar en su libro, podíamos ver el porvenir á través de un rosado prisma; pero hoy el humo de la pólvora, los acres vapores que exhala la tierra empapada en sangre de sus hijos limitan nuestro horizonte (1).

Dispéñeme usted, querido amigo, que corte esta carta tan repentinamente.

No puedo estar más tiempo en Gibraltar; nunca he podido permanecer en ella más que lo indispensable para seguir mi viaje.

El suelo me quema los pies; el pelado monte pesa sobre mí como una losa de plomo, y no me atrevó á alzar la frente por miedo de que la bandera inglesa me azote el rostro.

Mañana temprano saldrá para Tánger el *Lion Belge* y he tomado pasaje en él.

J. ÁLVAREZ PEREZ.

LA GRAFOLOGÍA.

ARTE DE CONOCER Á LAS PERSONAS

POR LA FORMA DE SU LETRA.

Ya hace tiempo que se ha renunciado á la costumbre (expeditiva, pero un poco severa) de quemar vivos á los señores hechiceros y á las señoras magas.

Nuestros abuelos se apercibieron de que el mejor medio de destruir la raza de los *cofrades del sábado* y de las *amazonas de la escoba* era destruir en el ánimo de los engañados *la santa ignorancia*, fuente de todas las credulidades, de todas las supersticiones y de todas las tonterías.

La experiencia ha tenido éxito completo; se ha cesado de perseguir á la magia negra, y la magia

(1) Hay que tener presente que esta carta se escribió en Julio del año último. (N. de la R.)

negra se ha ido adonde van cuantas necesidades ha habido en este bajo mundo, á la nada, de donde salieron para desgracia, ó al ménos para humillacion, del humano linaje.

Sin embargo, y esto por consecuencia de la difusion todavía incompleta de la instruccion, aún estamos léjos de haber destruido todas las ciencias ocultas, y todos los dias hallamos desgraciados, víctimas de su fe en las engañosas promesas ó en las ridículas amenazas de los pretendidos adeptos de las *cábalas* antiguas.

Y advertid que no aludo solamente á los pobres diablos que se quejan á la justicia de los hechiceros que les estafan una cantidad de dinero, mediante la cual deberían quedar por siempre libres de un hechizo indubitavelmente echado por un mal intencionado vecino. Triste es pensar que en nuestros dias, en pleno siglo XIX, y en nuestro país, existen personas ignorantes hasta el punto de creer en *hechizos*, en *mal de ojo* y en cuantas absurdas supersticiones explotan con sagacidad algunos tunos de baja ralea en los arrabales y en los campos. Pero es aún más triste verse obligado á confesar que, entre personas instruidas y de talento, entre quienes por vivir en medios intelectuales relativamente superiores parecen libres del lazo tendido á la sencillez de espíritu de los campesinos y de las criadas, existen fervientes, ciegos, fanáticos partidarios de los embustes cabalísticos, de la quiromancia, podomancia, quirognomonia, etc.

Y eso que, tenedlo presente, no hablo de oneiro-mancia, ni de cartomancia, ni de sonambulismo, y aún ménos del famoso espiritismo, sea fotográfico, sea de otra clase, pues si se tratara de esas cosas, llegaríamos á la locura.

Me limito á poner en el banquillo á las personas dotadas todavía de cierta dosis de buen sentido, las cuales no piden á las prácticas tradicionales de todas esas soberbias ciencias, basadas sobre signos exteriores, líneas de la mano, figura de los dedos ó conformacion de los pulgares, sino la revelacion del carácter de las personas sometidas al exámen del iniciado.

No es raro encontrar en las reuniones familiares algunos hombres amabilísimos, quienes, dándose por ello una importancia agradable para su amor propio, se encuentran considerados como seres superiores porque muy solemnemente examinan las palmas de las manos de todos los circunstantes, y detallan con complacencia las cualidades ó los defectos señalados en las entrecruzadas líneas *trazadas por la fatalidad* en la palma de su prójimo.

Por pocas observaciones que uno de estos hechiceros de salon haya podido hacer acerca de su cliente; por poco que él haya podido hablar; por pequeño partido que sepa sacar de las exclamaciones

afirmativas ó negativas producidas por sus primeras revelaciones, le será posible delinear un gran retrato moral, en apariencia bastante exacto, de la persona cuyos cinco dedos tiene cogidos.

En todo esto, me direis, no hay grandes peligros, y este género de hechiceros está léjos de ser peligroso. Estamos conformes, pero hay *reticencias*, *medias palabras*, *preguntas en voz baja*; y aún conozco personas que, para los asuntos más formales, consultan obstinadamente á los quirománticos de sala, á los sonámbulos ó á los cartómanos, y no solamente los propios, sino tambien los de todas las personas con quienes tienen relaciones de amistad, de negocio ó de trato social.

¿Comprendeis ahora todo el peligro de la credulidad en esas necesidades? Para conservar la importancia y superioridad adquiridas por medio de su saber cabalístico, los hechiceros, si no son (y pueden no serlo) personas escrupulosas, no titubearán en sembrar en vuestro espíritu mil insinuaciones, algunas veces fingidas, con frecuencia injustas, siempre inútiles y abrumadoras para quien las oye, y de las cuales no podreis ménos de guardar cierta desagradable impresion.

Séguramente no deseo que se enciendan de nuevo las hogueras de la Edad Media para quemar vivos á los nuevos hechiceros, la mayor parte de los cuales son personas honradas, hacedores del mal sin saberlo, *pauperes spiritu*; mas deseo acabar con ellos por medio de un arma poco sanguinaria, pero acertada: *el ridículo*.

Y ahora, para entre nosotros, si deseais absolutamente conocer el carácter de las personas con quienes tratais, no teneis necesidad de consultar *las ciencias de la mano*, desenterradas con poca oportunidad hace algunos años por un literato (?) cuyo nombre, citado con benevolencia por un gran escritor en relaciones célebres de viajes, debe á esta dichosa casualidad cierta notoriedad de mediana calidad y de deplorable resultado.

Para conocer el carácter de las personas cuyo trato frecuentamos, basta ser algo observador y no dejar pasar ninguna accion de quien se quiere estudiar, aún cuando parezca poco importante dicha accion, sin notarla y examinarla hasta en sus más mínimos detalles.

Es evidente que dicho exámen no puede ser ni perpétuo ni muy superficial, pero es de más seguro resultado que cualquiera otra ciencia en *mancia*, y estoy persuadido que, *sin juzgar por las apariencias*, sino, mejor, deduciendo las causas de las acciones aparentes, se llegaría á un conocimiento psicológico completísimo y casi infalible de cualquier persona.

¿No se revela el carácter de las personas en los menores actos de la vida? ¿No hay en ellos, por

lo ménos, algunos indicios para servir de guía? Por lo demas, este espíritu de observacion y deducción se ha formulado ya muchas veces.

Adoptando un punto de partida intelectual, dijo Buffon, ¿y quién lo negará? *El estilo es el hombre.*

Tomando un punto de partida más material, pero no ménos significativo, la forma de la letra, un curioso, M. Michon, ha creado pocos años há una nueva ciencia interesantísima y no oculta, la *grafología*.

Cabalmente tengo á la vista una obra nueva de M. Michon, intitulada *Sistema de grafología ó arte de conocer á los hombres por la forma de su letra*, así como el *Diario de la grafología*, periódico.

Nada tan ingenioso como el método empleado por Michon para llegar á fijar las reglas de esta ciencia de deducción, de la cual es el Cristóbal Colon, y en la cual encontrará, si no ha encontrado ya, muchos Américo Vespucio. Michon ha reunido centenas, millares de autógrafos de personas cuyo carácter era bien conocido y definido. Ha clasificado dichos autógrafos segun los instintos y las especialidades, en una palabra, segun el carácter de cada uno. Luégo ha inquirido por cuáles rasgos de pluma ó por qué formas gráficas dichas formas de letras se parecen ó difieren. Dicho trabajo se ha vuelto á comenzar gran número de veces, y constantemente los mismos signos han indicado iguales tendencias. La ciencia grafológica quedó fundada.

El libro de Michon está, y esto lo hace muy agradable, lleno de *ejemplos*, es decir, de muestras de escritos de casi todos los personajes notables, muertos ó vivos, y con ayuda de dichos documentos el autor demuestra, con estilo claro y elegante, cuantas particularidades significativas pueden hallarse en la escritura corriente.

Siento infinito que el pequeño espacio reservado á estos artículos no me permita citar algunos pasajes de tan curioso trabajo. Hay ciertos capítulos, entre otros el dedicado á las *floritures* con que muchas personas adornan sus escritos, que son verdaderas obras maestras de observacion fina y profunda, con un poco de sátira sencilla, la cual la convierte en un verdadero manjar de gastrónomo filósofo y literario, digno casi de La Bruyère, pero de La Bruyère buen chico y sin amargura.

Gracias á la *grafología* ya no se dirá: «Dadme tres líneas escritas por un hombre y me encargo de hallar en ellas motivo para hacerle ahorcar;» sino «Dadme tres líneas escritas por vuestra mano y sabré cómo pintaros,» lo cual no es exactamente lo mismo que ántes se decía.

FERNANDO BOURGEAT.

CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE FILADELFIA.

LA CONCURRENCIA Á LA EXPOSICION. — SUPERIORIDAD SOBRE LA DE VIENA. — LA SECCION CHINA. — LA LEYENDA DEL TÉ. — LAS REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS. — LA EXPOSICION DE SUECIA Y NORUEGA. — EL FERROCARRIL DE CINTURA. — LAS BUTACAS-COCHES.

Abrigábanse serios temores acerca de la concurrencia á la Exposicion, y no faltaba quien vaticinaba el mismo resultado que en la de Viena; pero sobre este punto ya se han adquirido seguridades tranquilizadoras y tan elocuentes como indiean los datos estadísticos relativos á la concurrencia de pago en los trece primeros dias despues de la apertura oficial. Todavía no se ha tomado resolucion alguna sobre el asunto de abrirse la Exposicion los domingos; pero, descontados estos dias, hé aquí el estado comparativo del número de personas que visitaron en los trece primeros dias los dos grandes certámenes á que nos referimos:

DIAS.	FILADELFIA.	VIENA.
1.º	76.214	4.149
2.º	14.722	11.990
3.º	10.252	9.516
4.º	11.638	5.354
5.º	10.896	2.049
6.º	7.056	3.457
7.º	12.117	3.788
8.º	11.054	4.331
9.º	16.100	3.825
10.	18.191	3.979
11.	12.402	6.721
12.	17.542	7.141
13.	20.530	6.429
Total.....	238.734	72.729

Aunque la seccion ocupada por China no se halla aún arreglada del todo, se puede ver que encierra algunas curiosidades del Celeste Imperio. Lo primero que se observa son varias mamparas de rica seda con dibujos de pájaros, flores y animales hábilmente bordados. Unas han sido valuadas en 100 pesos y otras en 600. Hacia la izquierda hay multitud de vasos, mesas y otros muebles esmaltados en cobre, de un exquisito trabajo, que tal vez no tienen rival en el mundo. Entre la coleccion de artículos de porcelana se ven algunos que tienen 900 años de fabricados y son propiedad de altos funcionarios públicos de aquella nacion. Se exhiben tambien telas de seda, bellos abanicos con mangos de marfil, muchos de los cuales valen hasta 500 pesos.

Los raros dibujos que se ven en los objetos de alfarería son un enigma para muchos; pero el que se fije en las combinaciones de estas figuras con

varios de los emblemas que las rodean, no podrá ménos de descubrir en dichos dibujos alguna relacion histórica de guerra ó de amor. Muchos son, tal vez, obra de la fantasía del autor; pero generalmente están destinados á revelar alguna leyenda á las generaciones futuras.

Hay tambien muestras de té; y á propósito de esta planta, debemos reproducir aquí la relacion de una leyenda que cuenta, en buen inglés, en el mismo local de la Exposicion, Sung-Seng-Loo, chino, de estatura esbelta, con ojos sumamente vivos, de larga trenza y de mucha charla.

Vivió en China en el siglo III un ermitaño de gran piedad. Pasaba su vida en largas vigiliyas y constante oracion; pero á pesar de los ayunos y cilicios, dormía como un lirón, cosa que, sea dicho de paso, desmiente la teoría de un escritor que sostiene que la falta de alimentos priva al hombre del sueño. Esta tendencia de las pestañas de nuestro buen ermitaño le mortificaba en extremo; y con sublime indiferencia y no pocos dolores físicos resolvió cortarlas. Así lo hizo, esparciéndolas á los cuatro vientos, con gran beneplácito del santo de su devocion. Este, para compensar aquel sacrificio, dispuso que las pestañas renacieran convertidas en las hojas de lo que hoy se llama té, en cuyas venas se ven representadas.

El mismo chino refiere, acerca del comercio del té, que á Inglaterra se enviaban como 100 millones de libras por valor de 40 millones de pesos, y á los Estados-Unidos 50 millones, que valen 20 millones de pesos.

Las repúblicas de la América española están imperfectamente representadas.

Hasta hoy la Confederacion Argentina, Méjico, Perú y Chile son las únicas que han concurrido; pero en su instalacion no se ha observado un órden geográfico, pues los objetos de las dos últimas, por ejemplo, están al lado de los de Suecia y Noruega, y se comprende que con semejante arreglo no es posible hacer un estudio seguido de los productos de aquellos países, los cuales, en vez de haber sido agrupados, se ven dispersos, sin que se pueda explicar la razon que ha tenido para proceder así la comision del Centenario.

De los numerosos objetos que ha enviado la República Argentina, los más importantes son una variedad de minerales y algunas muestras de maderas de diferentes colores, propias para la ornamentacion. Aquel gobierno ha gastado muchos miles de pesos en el envío y arreglo de los artículos que exhibe, con el objeto de estimular de este modo la inmigracion. Ha hecho publicar un folleto en español, inglés, frances y aleman, en el cual se dan todas las

noticias relativas al estado industrial, agrícola, social y material de la república, y su precio lo pone al alcance de todos.

Aunque el espacio que ocupa el Perú es bastante reducido, el arreglo de sus objetos es bastante bueno, y en cerca de 2.000 piés cuadrados ha sabido reunir todo lo que puede dar una idea de los recursos naturales del país, como muestras de azufre, plomo, hierro y nitro. Exhibe tambien algunas antigüedades de la época de los Incas, muestras de vegetales, y jaguares y condores disecados.

Chile brilla en la Exposicion por sus objetos geológicos y mineralógicos, extraídos del corazon de los Andes. Ha presentado tambien una coleccion de armas de las tribus indígenas que habitaban el país ántes de la llegada de los españoles, y varios objetos de alfarería.

Méjico ha reunido los suyos en un pabellon adornado con bajos relieves, imitando la arquitectura de los aztecas del tiempo del bravo Moctezuma. Siendo aquel país una región esencialmente argentina, ha enviado bellas muestras del blanco metal, entre las cuales sobresale una que pesa 1.300 libras. Se ven tambien otras de plomo de las ricas minas de Zimapan; otra de hierro extraído del cerro del Mercado, que pesa 75 libras, y otras de la lava del volcan de Ceboruco.

Exhibe igualmente esta República una variedad de vegetales, y los diferentes productos del *magué*, entre los cuales figura el *pulque*, que es la bebida favorita del pueblo mejicano; plantas medicinales, como la jalapa, que ha dado su nombre á una ciudad de Méjico; varias obras científicas y libros sobre educacion; numerosos vestidos antiguos y modernos, y una coleccion de objetos del tiempo de los aztecas.

La exposicion de Suecia y Noruega es importantísima en objetos de hierro y acero. Hay como treinta expositores de varios establecimientos, entre ellos los de Molota y Sandark. Por todas partes se ven grandes columnas y pirámides formadas de barras y lingotes de finísimo acero y de hierro hábilmente trabajado. Se exhibe tambien, como curiosidad, la proa de un buque, cuyo mástil y jarcia están hechos de hierro de varias formas. Las figuras plásticas del profesor Löderman llaman mucho la atencion, pues casi todas representan tipos y costumbres de los habitantes de Suecia y Laponia. Ha sido tan grande el cuidado que se tuvo para asegurar la exactitud de los detalles de estos tipos, que habiéndose roto una de las manos de una de estas figuras, fué reemplazada inmediatamente por otra, sirviendo de molde la mano derecha de una de las mujeres suecas que la comisaria tiene á su servicio

en Filadelfia. Uno de los grupos representa un cazador y su familia, reunidos alrededor de un venado que ha sido víctima de la certera puntería de aquel. Otro es el de un lapon en su trineo, tirado por un rengífero, en el momento en que se detiene á hablar con una mujer envuelta en pieles y la cual lleva en los brazos una criatura. Hay otros grupos curiosos que representan escenas domésticas, etc., etc.

La colección de piedras de sillería es una ilustración de la riqueza de estos materiales que posee aquel país; y una mesa de mármol rojo con un rico mosaico en el centro revela la habilidad y buen gusto de los artistas suecos.

Las manufacturas de lana son tan buenas como las que exhibe Inglaterra, y ciertamente superiores á las de Alemania. La colección cerámica contiene objetos curiosos; entre ellos una estufa de porcelana de 12 piés de altura, de un rico color azul y ornamentada con oro. Su precio es el de 1.000 pesos fuertes. En trabajos de carpintería hay dos pabellones para jardín, que exhibe un operario de Estocolmo.

Se ha construido alrededor del parque un ferrocarril en miniatura, de vía angosta, con paraderos de trecho en trecho. Se puede dar la vuelta en veinte minutos por la suma de cinco centávos. Debe ser una empresa lucrativa, á juzgar por la curiosidad que ha despertado y por el número de pasajeros que atrae, ávidos de hacer esta corta excursión.

Pero el lugar más agradable que hay en el parque para disfrutar algunos momentos de solaz, es á orillas de un riachuelo que serpentea por entre una barranca situada á inmediaciones de la galería de Bellas Artes. Es allí donde se ven alegres grupos en íntima conversacion, en dulces coloquios, ó saboreando los deliciosos helados de frutas y leche que son de gran recurso en los días tropicales.

También se han establecido por todas partes butacas-coches ó sofás ambulantes que alquila cualquiera por un módico precio, y en cuyos muebles puede recorrer todo el espacio que quiera cuando se siente cansado, sin perder tiempo en descansar.

MISCELÁNEA.

La policía mecánica.

En los Estados-Unidos se ha establecido una compañía para prestar toda clase de socorros á domicilio, con una prontitud que asombra, y mediante un invento utilísimo que viene á ser un polizonte

constante á nuestro servicio, un criado fiel, una bomba de incendios á mano, y no sabemos cuántas cosas más; todo dentro de una máquina de reloj que se coloca en la cabecera de la cama, unida por medio de un alambre eléctrico con las estaciones establecidas por la compañía que explota este perfeccionado sistema.

El aparato es sencilló, bonito y pequeño; tiene en el centro un manubrio y alrededor tres letreros que dicen: *Mandadero, policía, socorro*; de modo, que con volver el manubrio al lado de cada uno de estos letreros, se tiene en el acto un mandadero que hace los encargos en tramvías y con una celeridad pasmosa, un cuerpo de guardia entero para ahuyentar ó capturar á los ladrones, ó un ejército de bombas y bomberos para apagar un incendio. Compréndese perfectamente la utilidad de este invento y de esta compañía. Pero lo que no se comprende tan fácilmente es cómo pueden prestarse tantos y tan importantes servicios por una cantidad tan módica; treinta reales al mes es todo lo que tiene que pagar el que se abona para toda toda clase de servicios, y la compañía le pone el aparato, los alambres y sufraga todos los gastos de instalación.

En realidad no se trata de un nuevo invento, ó por lo ménos este no consiste en el aparato, sino en la formación y organización de la compañía; trátase solamente de una aplicación del telégrafo á socorros á domicilio. Su uso se ha extendido prodigiosamente en pocos días, y en casa del Comisario régio de España en la Exposición de Filadelfia, Sr. Lopez Fabra, se han hecho ensayos que han puesto de manifiesto su utilidad. Naturalmente, no habiendo necesidad de socorros de policía ó de bomberos, no se ha querido poner en alarma á las gentes para simples ensayos, pero se han llamado diferentes veces á los mandaderos y nunca han tardado en acudir más de ocho minutos, espacio de tiempo insignificante si se considera que la Comisaría de España está á más de una hora del centro de la población y que las estaciones en lugares apartados no son numerosas. «El mandadero, refiere en una carta el Sr. Escobar, empleado en la Comisaría, era un muchacho de unos 16 años, vestido con el elegante traje de la compañía; tomó la carta que deseabamos enviar, soltó un papel que en la mano traía, que era el recibo del importe de su comision, y por la ventana le vimos correr como un desesperado y asaltar el primer tramvía que pasaba.»